

La Esfera

Año II * Núm. 75

Precio: 50 cénts.



CÁMARA FOTO

En Primavera para que brote.
En Verano para que se vigorice.
En Otoño para evitar su caída
En Invierno para su conservacion

A. Ehrmann.

Aplicad todo el año el Petróleo GAL al cabello

AUTORES CÉLEBRES

VENTURA DE LA VEGA

El famoso escritor cuyo nombre encabeza estas líneas, se educó en el renombrado colegio de la calle de San Mateo; tuvo profesores tan excelentes como Lista y Hermosilla, y fué compañero de estudios de Espronceda, Ochoa, Roca de Togores, Pezuela y otros que fueron luego gloria de las letras y lumbreras de la política.

Cuando Ventura de la Vega se dió á conocer como poeta, luchaban encarnizadamente las escuelas clásica y romántica y había que decidirse por una de las dos; pero él no se decidió por ninguna y con ambas quiso (y lo consiguió) vivir en paz. Escéptico, no sólo en literatura sino en otras más graves materias, se burlaba donosamente de toda exageración, manteniéndose en el justo medio que adopta generalmente el eclecticismo.

Correcto, impecable y clásico en la forma, es romántico el fondo de algunas de sus poesías, entre ellas, las tituladas, respectivamente, *Orillas del Pusa* y *La agitación*. Acerca de sus escapadas al romanticismo, ha dicho uno de sus biógrafos:

«Vega, no obstante, era clásico, á despecho de la corriente que trataba de arrastrarle, y en sus versos familiares y menos líricos se desata en sátiras contra el romanticismo, aunque confiesa que alguna vez se inficionó con sus extravagancias contagiosas. Arrepentido de ello llama al romanticismo *herejía* y locura que vino á España en traje francés; y casi, casi, aunque rebozadamente, se atreve á calificar á Dante de *bárbaro*. Vega se burla del tiempo en que fué ó estuvo á punto de ser romántico, y le parece *fiera pesadilla*, de la que consiguió despertar con trasudores á las voces de Lista y Hermosilla.»

Por supuesto que todas esas burlas y sátiras las formulaba entre amigos ó en el seno de la familia: públicamente no gustaba de llevar á nadie la contraria y era enemigo jurado de toda discusión. He aquí una anécdota que prueba su carácter acomodaticio y conciliador. En cierta ocasión, D. Salustiano de Olózaga se empeñó en que el sombrero llamado de copa alta fuera sustituido por el que vulgarmente se llama hongo. Interrogado al efecto Ventura de la Vega, contestó:

«Yo ni rechazo ni apadrino el hongo; si todos se lo ponen, me lo pongo.»

Créese también, con algún fundamento, que no combatió de frente y cara á cara el romanticismo, por no disgustar á su entrañable amigo Espronceda, poeta romántico por excelencia. Lo más seguro es que su espíritu superior estaba sobre esas pequeñas disputas de escuela, persuadido de que, en resumidas cuentas, no hay más que dos géneros, el bueno y el malo, y que el que tiene talento lo demuestra, ya sea clásico ó romántico.

A decir verdad no se distinguió gran cosa como poeta lírico; su más copiosa é importante labor la realizó como traductor y arreglador de comedias francesas: en esto fué verdaderamente notable. No sólo tenía gran tino para elegir, sino que, frecuentemente, casi siempre, mejoraba el original, y á veces de una obra mala hacía una obra buena. Su comedia de enredo *La segunda dama duende*, escrita sobre el pensamiento de *Le domino noir*, de Scribe, vale más que muchos originales, y merecen citarse entre otros, muchos de sus arreglos, *Amor de madre*, *Bruno el tejedor* y no pocos libretos de zarzuela.

Comprendiendo que semejante labor, aunque útil y meritoria, no bastaba para la gloria á que con razón aspiraba, quiso escribir obras originales y, aunque en corto número, las escribió. La primera fué un drama histórico titulado *Don Fernando el de Antequera*, con asunto de la Edad Media. En rigor de verdad, esta obra pertenece al género romántico, si bien es justo consignar que es de lo más templado de dicha escuela; y «si no arrebató ni seduce con inesperadas peripecias y con violentas emociones á un público acostumbrado ya á obras dramáticas de más pasión, de más lances y de más lirismo, como las de García Gutiérrez, Zorrilla y Gil y Zárate, todavía se acerca más al verdadero drama histórico, si éste ha de ser representación fiel, aunque poética, de los usos, costumbres, creencias y pasiones de otras edades.» El éxito



VENTURA DE LA VEGA

de *Don Fernando el de Antequera* no pasó de regular.

Sus obras originales más importantes son: *La muerte de César*, tragedia, y *El hombre de mundo*, comedia de costumbres. La primera de éstas producciones, aunque escrita con el buen gusto y corrección proverbiales en el autor, carece de la alta y viril inspiración propia del género; es una tragedia *baja de tono* y, para agravar este defecto capitalísimo, Julián Romea, encargado del papel de protagonista, lo interpretó con la misma naturalidad que aplicaba á la más natural y tranquila comedia. La crítica censuró duramente tal procedimiento, y el famoso actor publicó para defenderse un folleto titulado *Los héroes en el teatro*. Romea estaba equivocado: de ninguna manera es admisible que se aplique á la tragedia el mismo sistema de declamación que á la comedia. Contribuyó también en no pequeña parte al relativo desdén con que fué tratada por el público *La muerte de César*, el marcado sentido reaccionario que le dió el autor.

Por consecuencia de lo apuntado, resulta que la obra maestra y definitiva y única de Ventura de la Vega es *El hombre de mundo*, que realmente es un modelo en su género y se ajusta perfectamente al temperamento literario de su autor y á sus facultades creadoras, un tanto limitadas, y buena prueba de ello es su escasa producción original. Después de las tres obras citadas, *Don Fernando el de Antequera*, *La muerte de César* y *El hombre de mundo*, sólo produjo alguna loa y tal cual crítica representable, siempre de cortas dimensiones.

El más notable de los biógrafos de Vega, el insigne crítico y eximio novelista D. Juan Valera, dice:

«... en aquella brillante época de renacimiento literario, sobresale entre muchos que, indudablemente, valían; y, si por fecundidad y riqueza de inventiva, por originalidad y brio de imaginación, y por enérgica novedad en el estilo propio, queda por bajo de Zorrilla, Espronceda, Duque de Rivas, Bretón de los Herreros y García Gutiérrez, por rectitud de juicio, por acendradísimo buen gusto y por primorosa elegancia de dicción, nos parece que supera á todos, desempeñando así, en aquella revolución literaria, el útil y conveniente papel de conservador de las tradiciones de la escuela clásica, tan ilustrada por Lista, Moratín, Gallejo, Hermosilla y Quintana.»

Ese juicio no puede ser más exacto, y es una prueba más del gran sentido crítico de D. Juan Valera. Efectivamente, Ventura de la Vega no era un águila de la inspiración ni un prodigio de la inventiva; pero bien se puede asegurar que fué el escritor más correcto, más pulcro y de me-

yor gusto de su época, un literato de guante blanco, si puedo expresarme así, siendo al propio tiempo un hombre de sociedad, de la sociedad más escogida, y un verdadero hombre de mundo, mucho más auténtico y sagaz que el pintado por él en su famosa comedia.

Ventura de la Vega era lector excelente y actor incomparable, bastante mejor que muchos profesionales que pasaban por eminentes. Cuéntase que el célebre D. Julián Romea no quiso representar el protagonista de *El hombre de mundo* hasta que se lo vió interpretar, en una sociedad de aficionados, á su propio autor; y añaden que D. Julián, no sólo no superó, pero que ni siquiera igualó á Don Ventura. Es posible que en esto haya alguna exageración, aunque, según todas las referencias, Ventura de la Vega era, como queda dicho, un actor insigne. Es de creer que, á no ser por las preocupaciones de la época, se hubiera dedicado de lleno á la escena, donde, indudablemente, habría ganado más dinero que como autor y traductor de comedias.

Como entonces la literatura, aun la del teatro, producía muy poco, pretendió, como casi todos los literatos de todas las épocas, ser empleado, y D. Martín de los Heros, político eminente en aquella sazón, le proporcionó un destino de doce mil reales. Contando ya con una base segura, contrajo matrimonio con doña Manuela de Lema, bella y virtuosa dama, «celebradísima por lo bien que cantaba», al decir de un cronista de la época.

Tan enamorado estuvo de su mujer, que cuando ésta murió, en 1854, «Vega sintió viva inclinación á retirarse á un convento.»

De volteriano que era en su mocedad, llegó á ser devoto en la edad madura, y de revolucionario, como miembro que fué de la sociedad secreta llamada de los Numantinos, vino á parar en reaccionario de tomo y lomo. Entonces fué (1847) cuando gozó de más favor y tuvo decidida influencia con los altos poderes del Estado. Fué maestro de literatura de la reina Isabel II, su secretario particular y gentilhombre de Cámara; obtuvo la gran cruz de Isabel la Católica y fué subsecretario de Estado.

Más en armonía con sus predilectas aficiones fueron los empleos artísticos y literarios que desempeñó después. El conde de San Luis, al promulgar su memorable ley acerca del Teatro Español, nombró á Vega director del mismo, siendo recibido este nombramiento con general aplauso. Más tarde, en 1856, siendo ministro de la Gobernación D. Cándido Nocedal, fué nombrado director del Conservatorio de Música y Declamación, cargo en el cual fué respetado por todas las situaciones, y que desempeñó con sólida competencia hasta su muerte.

Tuvo ocasión de comparar la política liberal con la reaccionaria, no saliendo de la comparación muy bien librada la primera. Como miembro de la sociedad revolucionaria los Numantinos, fué arrestado por el Superintendente de la policía, y hubo de pasar tres meses de reclusión en el convento de Trinitarios, «donde su despejo, su gracia y su carácter dócil y bueno, le ganaron la voluntad de los Padres, quienes le regalaron y mimaron en grado máximo»; y como reaccionario, obtuvo los empleos y honores de que se habla más arriba. La elección no era dudosa, al menos para él...

En 1842, cuando contaba poco más de treinta y cuatro años, fué elegido académico de número de la Española, donde prestó grandes servicios trabajando constantemente en la confección del Diccionario de la Lengua.

Ventura de la Vega nació en Buenos Aires el 14 de Julio de 1807, y murió en Madrid el 29 de Noviembre de 1865, después de larga y penosa enfermedad.

Aún se habla en los círculos literarios de la forma que publicó *La Correspondencia de España* la noticia de ese fallecimiento; dijo:

«Por fin, ayer falleció D. Ventura de la Vega... etcétera.»

Que era como decir:

«¡Ya era hora!»

Los periódicos se escriben con demasiada precipitación, y del periodismo se puede decir:

Ni están todos los que son,
ni son todos los que están.

FRANCISCO FLORES GARCÍA



EL ESPEJO DE ITALIA



EL DUQUE DE LOS ABRUZZOS



EL DUQUE DE AOSTA

La guerra del 70 no fué Francia arrastrada, aparentemente, por un capricho imperial; fué después de un plebiscito. Erckmann Chatrian nos ha referido cómo se arrancó la declaración de guerra al voto popular. Recuerda: aquellas páginas unas elecciones españolas. Luego, el plebiscito tuvo la sanción de la retórica parlamentaria. Pero cuando llegó la hora trágica, sólo rodó por el suelo el trono de Napoleón. El pueblo liquidó en una explosión de ira su responsabilidad.

En Italia ha sido dominada también, como lo fué antaño en Francia, la corriente pacifista y neutralista. En Milán, los obreros que plantearon la huelga general fueron arrollados por la policía; el Poder público buscaba la guerra, quería la guerra. Este es el hecho. La Historia juzgará á Italia. Si vencedora, asentará sus nuevos dominios sobre odios; si vencida, pocos tendrán lástima de ella.

Para nosotros, en estos momentos, no hay en el hecho de Italia más que dos aspectos: uno, la facilidad, la inconsciencia con que una nación se deja llevar á la guerra; cómo bastan unas palabras hábiles para encender en ira á todo un pueblo; cómo unas promesas de engrandecimiento territorial, que hay que conquistar á precio de dolor, de oro, de sangre, y que no aumentará la riqueza ni la felicidad de cada ciudadano, enardece una nación entera. El otro aspecto es el de que se quiera presentar á los ojos de España el caso de Italia como un espejo donde deba mirarse. Claro es que esto no podría hacerse en un país donde la política actuara bajo la sanción de la opinión pública; donde la irresponsabilidad y la impunidad son los dos principios fundamentales de todos los partidos políticos; donde pueden perderse las ricas colonias, y hundirse las escuadras, y rendirse los ejércitos sin que un solo gobernante tuviera siquiera, por mínimo castigo, que retirarse, fracasado, á la paz de su hogar... Sólo así, contando con la impunidad del mañana, y contando, además, con la incultura de un pueblo que no sabe en qué sitio de Europa vive ni qué cosas pasaron antes en ese trozo de tierra que ocupa, se le puede decir á España: «*Mírate en el espejo de Italia...*»

Porque Italia aprovecha una ocasión propicia para vengarse del enemigo secular. Mientras tuvo el recato del tratado que unía á ambas naciones, no se pronunciaba la frase terrible; pero

ahora ya, caídos en el fragor bélico todos los velos de la honestidad, esas palabras están en todos los labios, en todos los periódicos, en todos los documentos. Alguien de la familia real las ha utilizado para arengar á las tropas que marchaban á la frontera: «¡Vais á vencer al enemigo secular!» Y ante este espejo, me pregunto yo, dónde está el enemigo secular de España; qué nación nos invadió y sumió en un siglo de pobreza; cuál detentó nuestros territorios, hundió en el mar nuestras escuadras y nos infirió el agravio de derrotar á nuestros ejércitos. No queda en la conciencia nacional pizca de resquemor contra los Estados Unidos, que no quisieron que el siglo xx conociera la grandeza española, y emplearon contra nosotros toda la perfidia y todo el ensañamiento de los pueblos que no han aprendido la hidalguía del vencer sino en mezquinas guerras civiles. ¿A quién, entonces, podremos odiar? ¿A qué nación la declaramos nuestro enemigo secular?

En un poco de retórica periodística y creo que en la de una real orden, enterramos con la fiesta del Dos de mayo nuestro odio nacional más legítimo. Del horror, de la vergüenza, de la iniquidad de la invasión francesa no queda sino leves relatos en los epitomes de Historia que nadie lee. De la intervención en nuestra política interior, imponiéndonos el régimen absoluto y engendrando con las botas de montar y los zapatos—no necesitaron usar más ni mejores armas,—de los cien mil hijos de San Luis, todo el oprobio, toda la locura, toda la estupidez de nuestro siglo xix, apenas nadie recuerda una palabra. ¿Cómo declarar, entonces, que España tiene un odio que satisfacer contra un enemigo secular, como lo tenía Italia?

No; España lo ha perdonado todo. No se hable ya del Rosellón, de los Países Bajos, de América, de los numerosos territorios que hemos perdido; no se recuerde nuestra escuadra hundida en Trafalgar; no se piense en que si había un derecho europeo desde Argel al Cabo de Buena Esperanza, era un derecho español, de navegantes y conquistadores españoles, y todo ese litoral nos ha sido robado y se nos han regateado vilmente los míseros restos que nos quedan en las manos. ¿A quién culpar? ¿A quién odiar? ¿Cómo puede decirse á nuestro pueblo: «mírate en el espejo de Italia», cuando hace pocos años se excitaba á las madres á que se arro-

jaran sobre la vía del ferrocarril, para impedir que pudieran ir á Melilla sus hijos, á castigar una agresión, atizada sabe Dios por quien, mientras Francia, esta querida hermana Francia, esta pobre víctima del Derecho y de la Justicia, nos amenazaba por medio de Caillaux y de su prensa toda, con encender la revolución en España, si nuestros diplomáticos no la dejaban apoderarse de todo el trozo de Marruecos que apetecía?

Yo no sé de que pueda servirnos á nosotros el espejo de Italia. Por nuestras desdichas históricas, las únicas compensaciones que se pudieran dar al sacrificio de llevar nuestros hijos al inicuo matadero de la guerra, están en manos de quienes no han de dárnoslas jamás. Los que sueñan con Gibraltar pudieran pensar en que nos bastaría, para no creernos un pueblo indignamente manumitido, el que se nos dejara artillar y defender Sierra Carbonera, sobre cuyos picachos españoles pesa un veto extranjero. No ha padecido Italia afrenta semejante de Austria. Italia ha podido alzar en la frontera cuantos fuertes, castillos y bastiones ha apetecido. En alrededor de Gibraltar, no tiene España ninguna plaza fuerte, sino ciudades abiertas, ferrocarriles de penetración, amplias carreteras, la puerta nacional de par en par sin cerraduras y sin candados. Un invasor en España no encontraría á su paso las fortalezas de Mantua, Verona, Peschiera y Legnano.... ¿Cómo mirarnos en ese espejo?

Hay un hecho que no se ha dicho ó no se ha repetido bastante al pueblo español. La neutralidad de Italia salvó é hizo posible nuestra neutralidad. Nos mantenemos en paz porque la paz no se ha perturbado entre Gibraltar y Brindis; porque Francia ha tenido libre su ruta con Argelia, é Inglaterra libre su camino hasta Egipto. Esa es la única relación que nos liga á Italia y eso es lo único que se debe decir al pueblo español.

La mayor iniquidad, mayor que la de Bélgica, la mayor perfidia, mayor que la de Italia, sería hacer entrar á España en ese conflicto, donde no se dilucida interés ninguno suyo y donde, llegado el reparto de vestiduras, no habría ninguna á medida de nuestra necesidad ni que pudiera satisfacer nuestro anhelo.

DIONISIO PEREZ

LA FIESTA DEL CORPUS

SIEMPRE las cosas grandes acontecen tener muy añejo abolengo, que, á poco que sea, húndense allá, tan al fondo de los siglos, que éntrense por las agrestes veredas de la Historia conforme hacia la Leyenda se camina.

Es unas veces la poesía quien, adornada de todas sus galas, acude á recogerla y otras la Religión, con su ceño severo y su liturgia austera, que cuando se pone en contacto con el pueblo hácese risueña y regocijada, como sucede con la Navidad de Nuestro Señor, con las romerías de algunos Santos predilectos del vulgo y con esta fiesta del Corpus, que por ahora nos alegra alma y cuerpo.

La musa plebeya, que muchas veces no lo parece, por la maestría y pulidez de sus frutos, ha loado la grandeza de este día en aquellos versos que dicen:

«Tres jueves hay en el año que relucen más que el sol: Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión.»

En la muy noble, muy industrial y ya fenecida ciudad de Lieja, fué instituída en los años de 1240, por revelación de unas piadosas mujeres que lo confesaron al obispo de su diócesis.

Pedían éstas que se instituyera, con la solemnidad que el caso requería, una fiesta magna en honor del Santísimo Sacramento del Altar.

El ruego fué hecho al arcidiano de la ciudad, Jacobo Pantaleón, que andando el tiempo llegó á Vicario de Cristo en la tierra, con el nombre de Urbano IV.

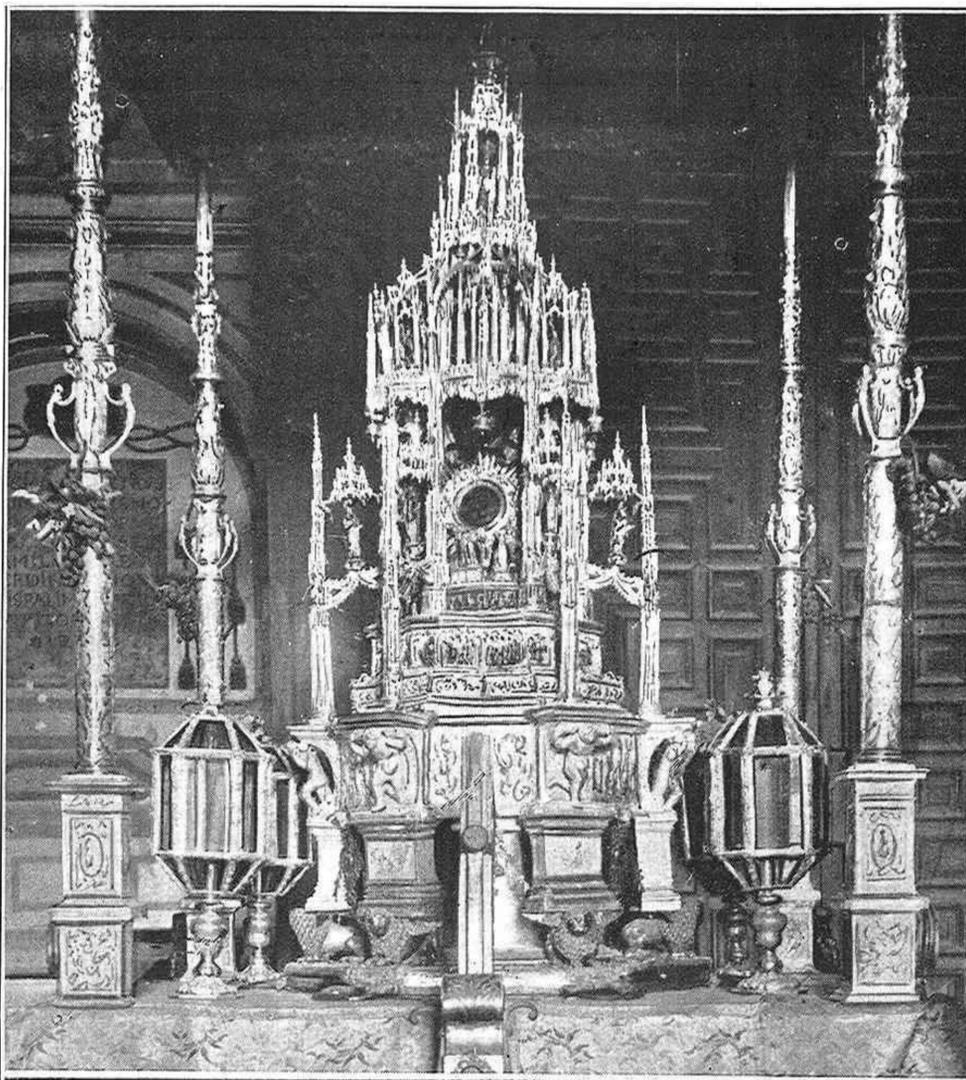
Ya exaltado al solio pontificio en 1272, expidió bula autorizando la fiesta que e demandaba la devoción femenina.

En todo el orbe católico celébrase desde entonces, pero en parte alguna con el entusiasmo que en España. Dijérase que es solamente nuestra esta devoción.

Desde los primeros tiempos de la villa y corte, fué notablemente acogida, y, según antiguos cronistas han dejado escrito, aun á pesar del cortísimo vecindario, era hecho con grande pompa el piadoso homenaje.

La reina Isabel I fué servida de asistir á ella con toda humildad y devoción, llevando en su magnánima diestra un hacha encendida.

También el César dióle su pleitesía, y en el año de 1528, estando su guardia alemana de paso para Valladolid, mandóla dar guardia á Jesús Sa-



Custodia gótica del siglo XVI, con aditamentos de estilo plateresco, Renacimiento y barroco (al parecer este último del siglo XVIII), que se conserva en la Catedral de Zamora
FOT. ARREGUI

cramentado, y cuentan que fué notable el número de alemanes que en aquel día sirvieron y agasajaron al Rey de los Cielos.

Por cierto que entonces fué cuando se echó la simiente de los autos sacramentales, que en tan poderosos intelectos como los de D. Pedro Calderón y Frey Lope Félix de Vega, habría de florecer más tarde.

En los tiempos del *Prudente Filippo*, salía en la víspera, de la parroquia de Santa María, el *mogigón*, que era un hombre grotescamente vestido á lo juglar, llevando en la diestra una vara, de la que pendían unas vegigas, con la cual daba tras los muchachos y hacía mil simplezas.

Como cohorte de su locura, seguíanle unos estafermos queriendo representar ángeles y moros, y hacían la pantomima de San Miguel y el Diablo.

Iban luego el tamboril y la gaita, y detrás, muy grave y compuesta, repartiendo la moda, *Doña Tarasca*.

Gallarda moza era su merced; aún habrá pocos años, en unas donosas fiestas que organizó el Ayuntamiento durante el mes de Junio para solazar á los contados madrileños que nos quedamos en la corte durante el estío, hubo ocasión de admirar su fachenda y mal gusto.

Ya no salía como árbitro de la femenil elegancia, sino como cualquier alguacil del Concejo, formando comitiva...

Era presidida la comparsa por un sacristán con una vara de palio en la diestra. Acompañábale dos monacillos vestidos con dalmáticas azules y rojas, las cuales, aunque todos los años salían, ninguno se vieron limpias.

Esta costumbre aún perdura; el mismo sonsonete tienen hoy las campanas, y la misma cera y lámparas las sotanas de los chicos.

Tengo para mí que si alguno de aquellos muertos hidalgos de la corte de los Felipes tornara á la vida miserable, no las creyera otras, sino que eran las mismas.

Y esto no era más que el introito de lo que habría de acontecer en el siguiente día.

Entre todas las festividades del Corpus, ha dejado recuerdo memorable aquella de 1623, que

más que homenaje al Altísimo, puede decirse que fué agasajo hecho al infortunado príncipe de Gales, que venía á matrimoniar con la señora infanta doña María, hermana del Rey.

Pudíeráse tomar por un rasgo de orgullo católico ante un príncipe protestante.

Afán de ponerle ante los ojos la creencia rotunda y ciega del pueblo español.

Formábase la piadosa comitiva en la iglesia de Santa María la Real de la Almudena.

Asistían el Rey y todos los Consejos.

Mucho espacio ocuparía el hacer relación, aunque no fuese muy detallada, del ceremonial que empleábase, como así mismo de todas las entidades y personajes que tenían colocación especial en la comitiva.

Larguísima era la carrera, pues que todas las órdenes religiosas y militares asistían.

Este año que digo de 1623, marcó una época fausta en los anales de la devoción al Santísimo. Carlos Estuardo, el Marqués de Buckingham y demás cortejo de Su Alteza, presenciaron la fiesta desde el Alcázar, y muy religiosamente por cierto, pues que durante toda ella permanecieron en pié, y al llegar la celestial carroza, hincáronse de rodillas, dando muestras de alta devoción.

Abrían marcha atabales y clarines, seguían los niños desamparados y los de la Doctrina, luego los pendones y las cruces de todas las parroquias, los hermanos del Hospital General, los de Antón Martín y las comunidades religiosas, las

cruces de Santa María y del Hospital, la clerecía en medio de las órdenes militares, los Consejos, la Capilla real, el arzobispo de Santiago, los pajes de S. M., la Sagrada Forma, la Villa con el palio, el Rey. A su izquierda, el Príncipe de Asturias, el Conde Duque, la grandeza y las Guardias española y tudésca...

Por la tarde representáronse los autos de rigor, costumbre pesada que en 1705 suprimió el primer Borbón, y que habían de sufrirse durante la octava del Corpus...

Este era el ceremonial antiguo, y á fe que hoy, fuera de los autos y de la Tarasca, no ha sufrido grande cambio, esta santa ceremonia instituída en el siglo XIII por unas piadosas menestras de Lieja...

DIEGO SAN JOSÉ



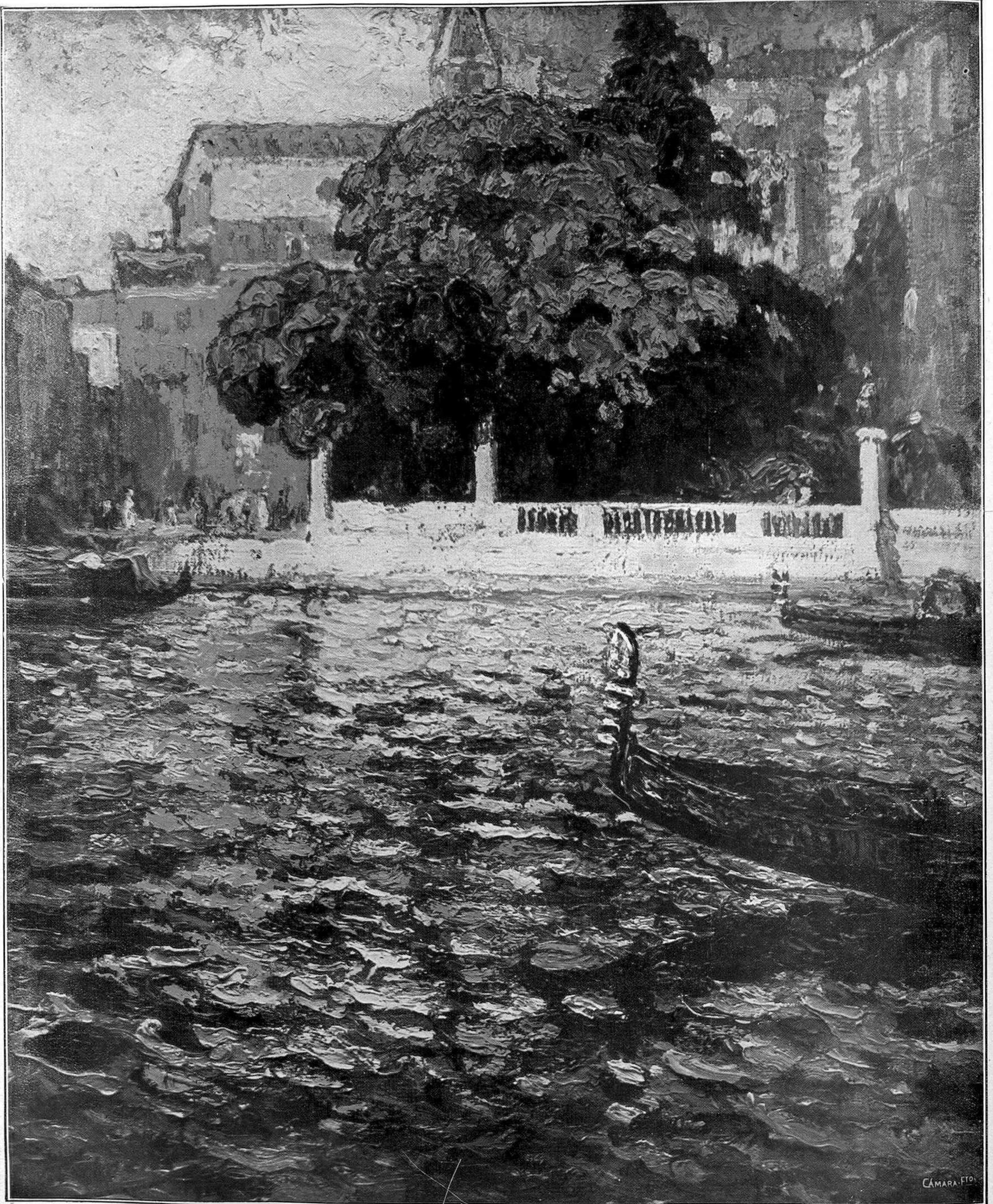
EL PAPA URBANO IV
Que instituyó la fiesta del Corpus



CARLOS ESTUARDO
Príncipe de Gales



CUADROS DE LA EXPOSICIÓN



TARDE EN EL GRAN CANAL (VENECIA), por Laroche

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

EL PAISAJE



"Sol de la tarde", marina de Ricardo Verdugo Landi

A caso el aspecto más puro, más afirmativo en su belleza, del innegable renacimiento pictórico que acusa esta Exposición, se deba al paisaje.

El sentimiento de la naturaleza, la identificación del espíritu con los cielos, los campos y las aguas, este reconocimiento de un alma gemela al paisaje que contemplan nuestros ojos, se iba perdiendo ó permanecía como secreto en poder de unos pocos artistas.

Por primera vez, hay en esta Exposición esa exuberancia de paisajes que deseábamos tanto como una manifestación de resurgimientos patrios. Así como los políticos—los escasos políticos honrados, naturalmente—y los escritores se reintegran á las energías sugeridoras y á las riquezas emocionales de nuestra raza, van los artistas ofreciendo los frutos de una peregrinación visual, van desentrañando igualmente el alma española á través de sus paisajes tan diversos, tan característicos.

□□□

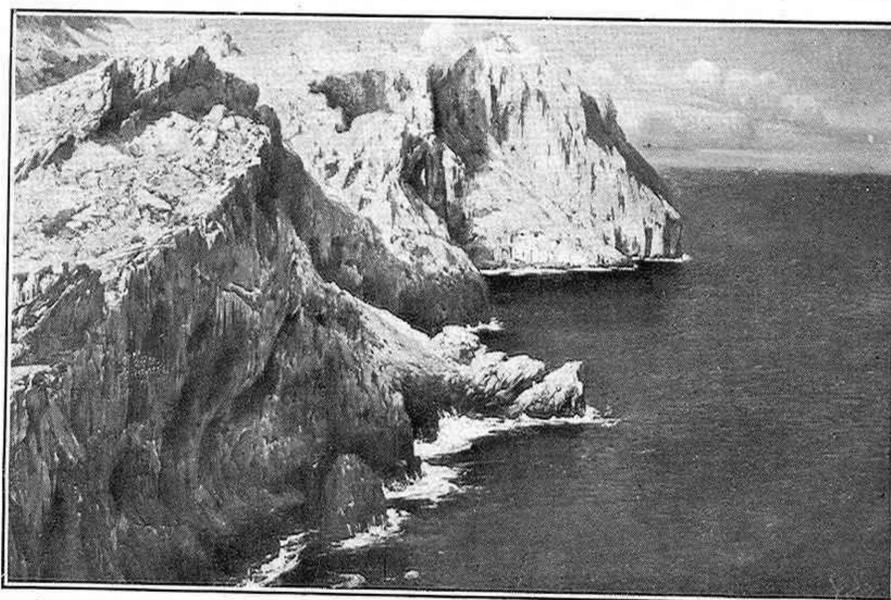
Santiago Rusiñol ha llegado á la suma total de sus perfeccionamientos técnicos y de sus emotividades espirituales. En sus doce cuadros están resumidos todos los motivos de inspiración, todos los encantos imaginativos ó reales que han personalizado su especial concepto

del paisaje. No podríais decir dónde acaba la realidad y empieza la ficción; pero quedan el natural y el ensueño fundidos, compenetrados de tal manera, que nos educan á un tiempo la retina y la sensibilidad.

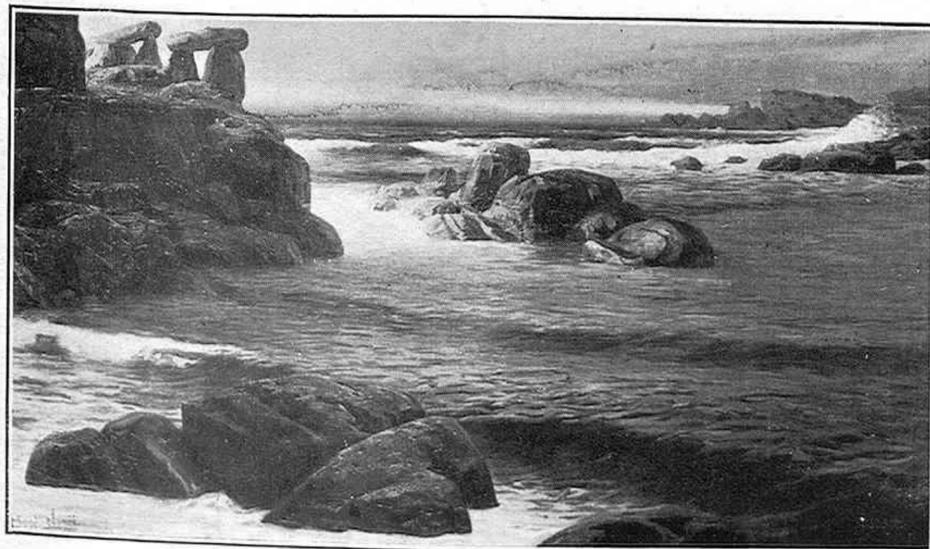
No en el sentido de la *boutade* de Baudelaire, sino exagerando á sabiendas de que solo así podemos expresar la sensación que nos causan los cuadros de Rusiñol, diríamos que era preferible un cuadro del maestro á nuestra visión directa de la Naturaleza. Es la misma relación entre el madrigal de un poeta refinadísimo y la copla popular que canta un gañán. Claro que no serán eternas, perdurables, las dos impresiones del cuadro y del madrigal; pero nos dejaron una huella sentimental por la que felizmente habrán de pasar ya en lo sucesivo las bellezas naturales...

En estos doce cuadros de Rusiñol hallamos, como siempre, los dorados otoños, las aguas adormecidas, las vegetales arquitecturas, las viejas estatuas, los versallescos parques y la catalana visión de unos muros azules. Pero hay algo más también: hay ese maravilloso paisaje titulado *Almendros en flor* que es como un símbolo de la vida gloriosa del artista. Porque el alma de Rusiñol está siempre perfumada de juventud.

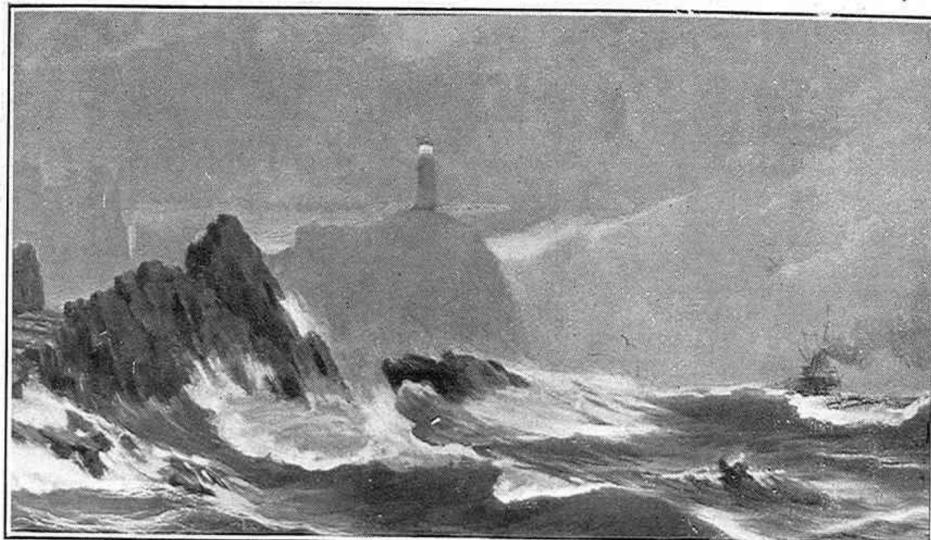
Como lo está igualmente la de Muñoz



"Costa mallorquina", marina de Cerda



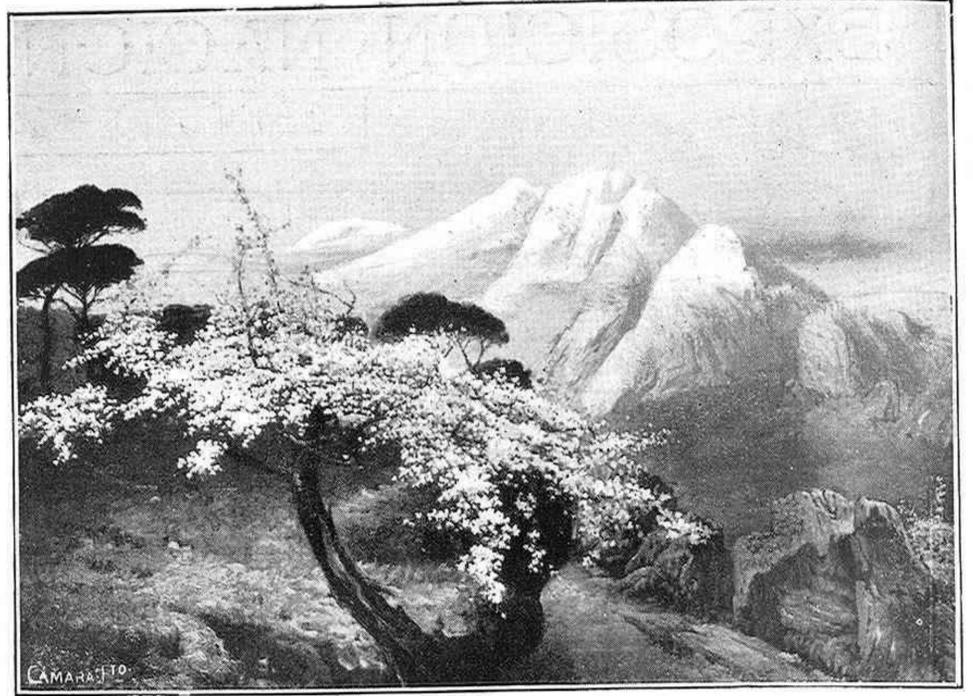
"Los Dólmenes" (Bretaña), marina de José Nogué



"El faro de Corbiere" (Jersey), marina de José Gartz



"Crepúsculo en la nieve", cuadro de José Robledano

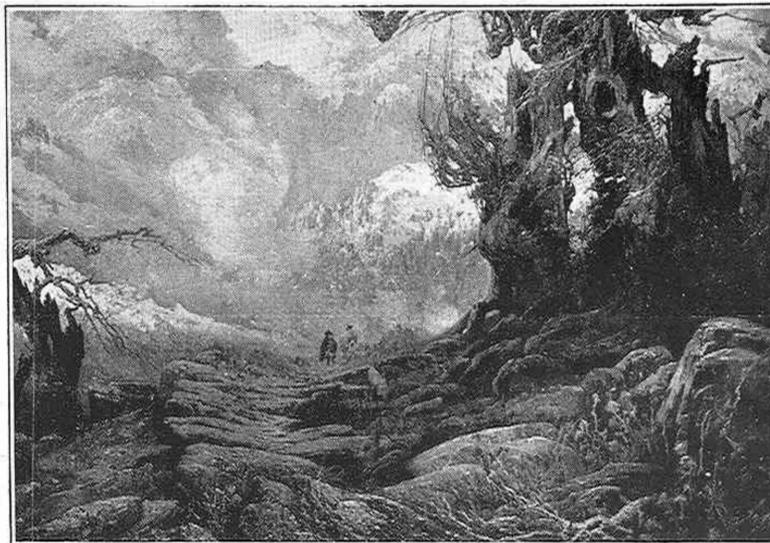


"Valle de Abdalajis", cuadro de Federico Ferrándiz

Degrain. Ya hemos dicho en estas mismas páginas el divino estupor que nos invade frente a los cuadros del maestro. No es el inmortal aliento romántico, no es la prodigalidad imaginativa, no son los secretos del «métier» que, incluso en su mocedad ya no eran tales secretos para él; es el brío luminoso que tienen sus paisajes, la agresiva fuerza con que avanza el color hacia nosotros, como una garra ó como una bala que nos buscare el corazón y que al pasar bajo el sol le hubiese robado su luz.

Y al lado de los dos maestros otro, tan grande como ellos, tan ungido de eternidad. Pero más sensibilizado, más hiperestesiado que ellos. Diríase que no existe, que es como un soplo divino, como una impalpable é invisible voluntad de Dios que obliga á los colores á unirse, á musicalizarse por sí mismos, á crear mágicas floraciones de quimera.

¡Joaquín Mir! Su nombre es la promesa de inconfundibles sinfonías cromáticas. El color es para Joaquín Mir una embriaguez. Fué también una locura que le empujó al manicomio. ¿Verdad que parece un cuento concebido para ennoblecernos de ideal el espíritu? El pintor llega á Mallorca, ve las maravillas de las aguas, las cuevas marinas, los jardines, los ásperos acantilados, quiere pintar todo esto; no puede y enloquece. Sólo entonces puede pintar la luz hecha vibraciones de colores de Mallorca. Ante los cuadros etéreos de Mir lo de menos es lo que representan. Lo principal es lo que sugieren. Con la razón demasiado equili-



"Sierra de Gredos", cuadro de Martínez Vázquez

brada, con el criterio perfectamente embrutecido de tan sano, es inútil que intentéis contemplar y comprender á Joaquín Mir, á este gran artista altivo, único, dueño de sus ensueños y en cuyas manos el color se hace gemas y sonidos, que luego serán joyas y sinfonías. Es preciso estar un poco enfermo de belleza y de superioridad espiritual para comprender estos cuadros de los que brotan aromas pene-

trantes y adormecedores y que nos hacen vivir momentáneamente la imposibilidad de haber muerto y resucitar en otro planeta donde las cosas y los colores de las cosas se deshacen sin perder su luz y su forma...

Enrique Galwey ha sido la revelación de este año. Bruscamente, ha conquistado la primera medalla. Esto ha indignado á muchos y, en realidad, si no hay motivo para esa indignación, tampoco la había para esa primera medalla. Enrique Galwey es un buen paisajista. Tiene el sentido panteísta de su arte. Acierta en la elección de asuntos y en la interpretación de ellos. Pero, no obstante, adolece de alguna monotonía.

Nos entristece un poco ver que Enrique Galwey ha podido parecer al Jurado superior á Joaquín Mir...

Ricardo Verdugo Landi es el primero de los marinistas españoles. Paso á paso, sin desalientos ni suicidas desconfianzas, ha ido acusando su personalidad hasta llegar al cuadro de esta Exposición, que nos parece su obra más perfecta y más plena de belleza. Nada hay en *Sol de tarde* extraño á esa íntima inquietud sentimental que nos acomete frente á las movibles extensiones marinas. Es un acierto rotundo de composición y de ejecución.

Suave, dulcemente, ha muerto el sol sobre el Mediterráneo. Una tonalidad fina, de teneues y perlinas transparencias, envuelve las aguas que á primer término saltan y se desflecan en blancas espumas contra una roca, y que, en último término, allá



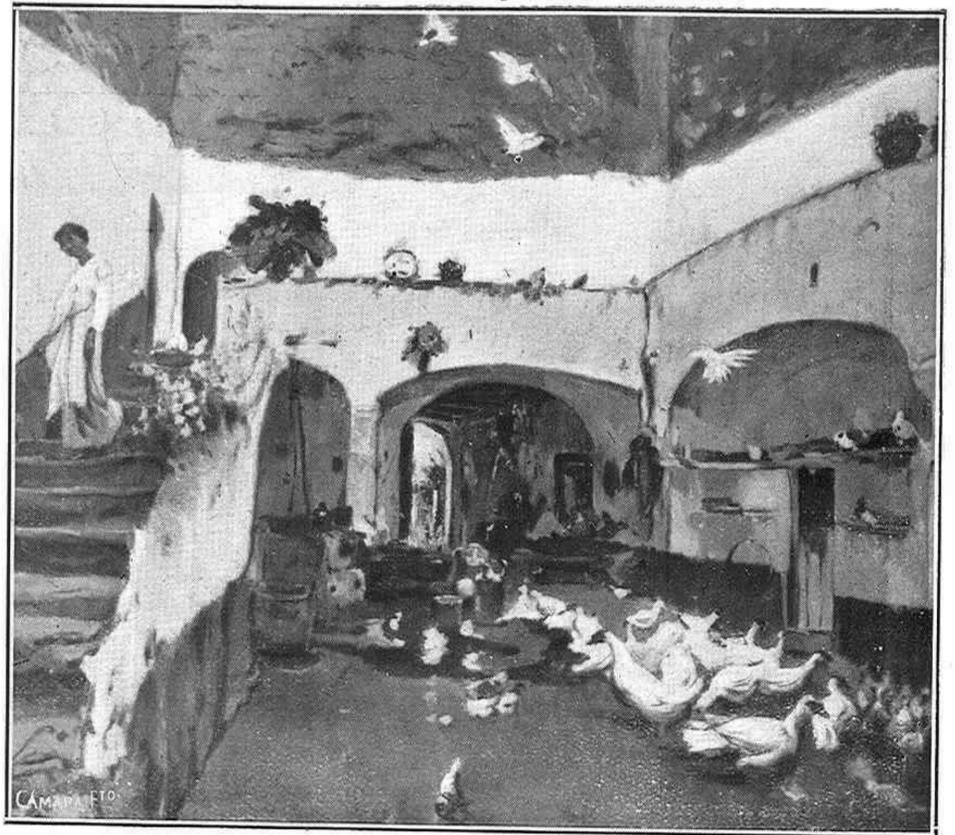
"Camposanto", cuadro de E. Esteve Botey



"El valle de Samiedo", cuadro de Francisco Llorens Diaz



"Paisaje", cuadro original de F. Galwey



"El gorgojo", cuadro de Joaquín Mir

donde al pie del monte se agrupan las primeras casas del puerto, corre una faja de color verde muy claro, postrer refugio del sol en el agua, como postrer refugio lo es en el cielo la rosada coloración.

Esta sobriedad emocional con que está conseguida «la hora» se afianza más aún por el dominio admirable de la técnica, por una sabia distribución del color, que tan pronto consigue sutiles transparencias, como tiene plástico relieve—por los gruesos—, como, dentro del más puro puntillismo, consigue vibraciones luminosas.

José Robledano, que al ser pensionado recientemente como paisajista sorprendió a los que únicamente le consideraban como uno de los más populares caricaturistas, ratifica, con los cuadros *Crepusculo en la nieve* y *Cercedilla*, hasta qué punto ama y comprende el paisaje. Son dos notas justas de valoración y de relación, bien construidas, y dotadas de una virtuosidad técnica muy notable. Si no hubiera más que todo eso, ya era mucho; pero hay más: existe un impetuoso desbordamiento de las facultades sensitivas y un bien aprovechado empleo de la imaginación. Tiene Robledano lo que pudiéramos llamar el misticismo del paisaje. Se acerca a la Naturaleza como un iluminado. Podríamos reconstruir su modo de pintar afirmando que primero *hace para deshacer después*; primero construye con arreglo a la verdad, y luego fantasea sobre lo real, cumpliendo una necesidad de su temperamento de soñador. ¿Y no es acaso este el procedimiento que debe seguir todo buen paisajista?

Fernando Laroche y el húngaro Segismundo de Nagy dan no sólo la nota más bella de paisaje en

la sección extranjera, sino que también son sus cuadros lo mejor de esta sección.

Del arte de Laroche puede juzgarse por el admirable cuadro reproducido a todo color en este número. De Segismundo de Nagy, no se habrá olvidado aquella admirable *Barca verde* que publicamos recientemente. Al lado de este cuadro, el gran artista húngaro tiene paisajes como *Puerto de Pasajes*, *Después de la lluvia* y el fondo de *Mañana de primavera*, que son verdaderas obras maestras.

Laroche expone doce paisajes, á cual más hermoso. En su mayoría, reflejan aspectos venecianos y romanos, con una pompa y una luminosidad extraordinarias. Heredero directo de los impresionistas franceses, da siempre notas ricas y jugosas. Tiene, además, un cuadro titulado *El valle del Manzanares desde las Vistillas*, que es, sencillamente, un prodigio de celaje.

En la misma sección exponen paisajes muy notables el alemán Sollmair, el argentino Delucchi, el francés Ernesto Laroche y el bohemio Sindlerová.

Francisco Llorens, el gran paisajista, ha enviado dos notas muy semejantes, impregnadas de esa tierna serenidad de égloga tan característica de todos sus cuadros. Simplicísimas de color, á la base de una sutil armonía de verdes, amarillos y tenues azules, ha expresado con la maestría de siempre todo el encanto de las campiñas gallegas.

Francisco Esteve Botey ha llevado al lienzo uno de los sitios más emocionantes y melancólicos de Madrid: El cementerio abandonado de San Martín. Es un cuadro admirable, que no se olvidará fácilmente.

Martínez Vázquez y Angel Robles, el uno con su *Sierra de Gredos* y el otro con *El río Darro en Granada* no desmienten su filiación artística. Ambos han sido discípulos de Muñoz Degraín y ambos le siguen en todo, no sólo en el modo de pintar, sino en la elección de asuntos. El recuerdo de *Los colosos del bosque* y del *Chubasco en Granada* es demasiado claro en estos dos cuadros, para que los alabemos sin reservas.

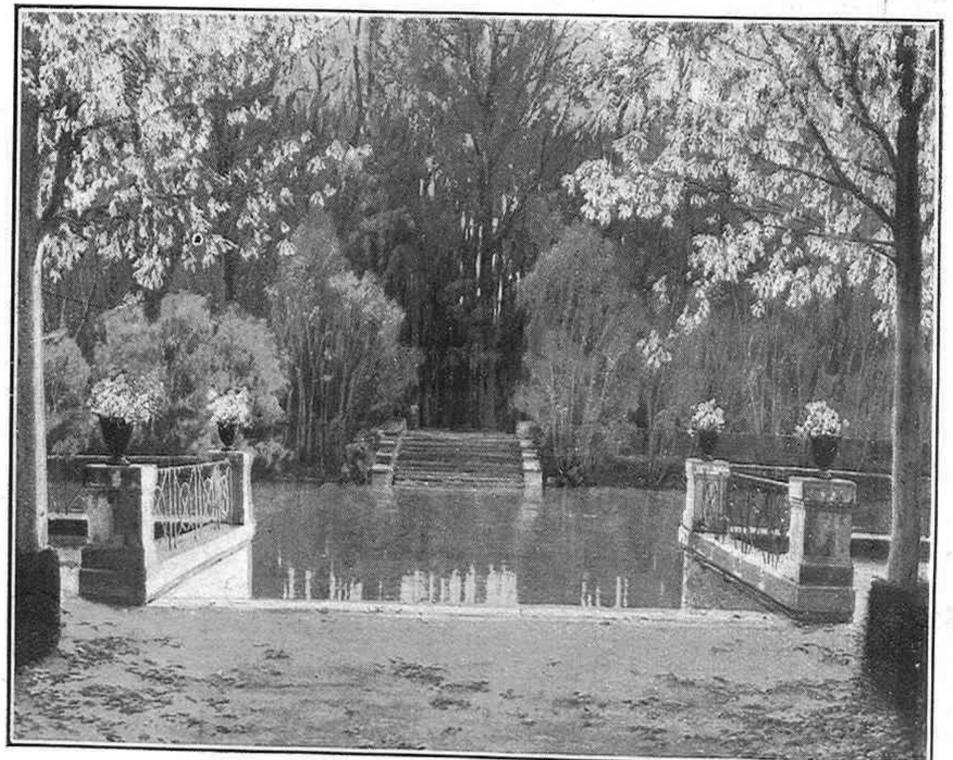
Los grandes paisajistas Raurich y Cerdá, exponen sendos cuadros de Cataluña y de Mallorca, dignos de la maestría admirable de ambos artistas.

También debemos mencionar *Sol poniente* de Andrade, muestra de una pintura sincera y noble; *Los dólmenes* (Bretaña), de Nogué, muy acertado de color; *Valle de Abdalajis*, de Ferrándiz, en el que hay una grata frescura y un gracioso ambiente primaveral; *El faro de Corbire*, del veterano marinista Gartner de la Peña; *Plaza de Tordesillas y Tordesillas*, de Aurelio García, realmente sugestivos de verismo; *El tapiz verde y Pulero*, de Gutiérrez Larraya; *Toledo*, de Enrique Vera; *Mediterráneo*, de Vázquez Díaz; *Azoteas de Tánger*, de Simonet; *Paisaje*, de Espina; *Mañana de otoño*, de Morera; *Pinos al sol y Parterre en Lombardia*, de Florenza; *Desde el Generalife*, de Gómez Mir; *Sol de tarde*, de Gili Roig; *Recios titanes y Últimos rayos*, de Núñez Losada; *Rincón del Alcázar de Sevilla*, de Cabanzón; *Mañana de Marzo*, de Pínelo; *Costa de Mallorca*, de Lacárcel; *Sol de otoño en Holanda y Día gris*, de Lasarte.

S. L.



"Barrio del Mouron", cuadro de Muñoz Degraín

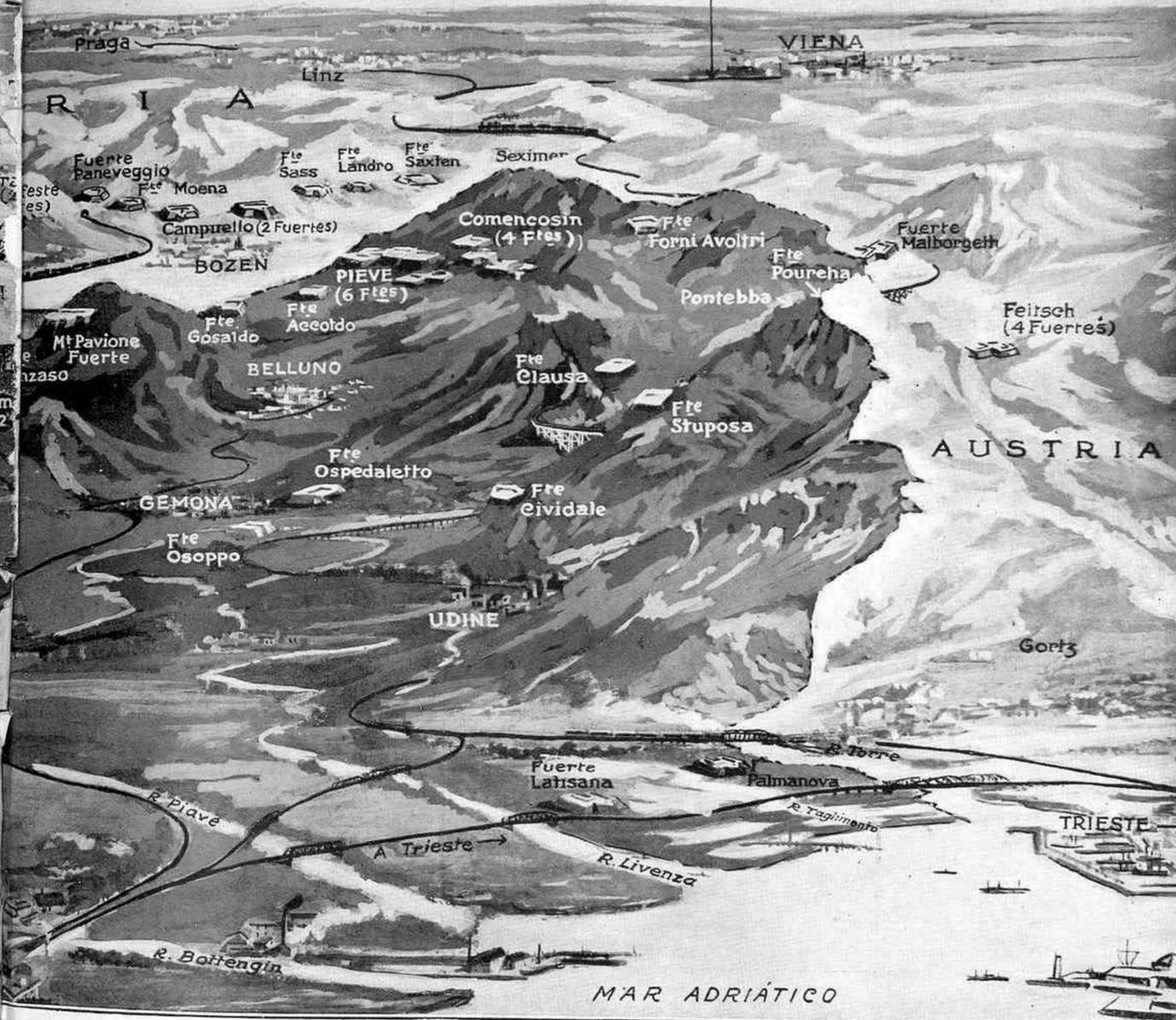
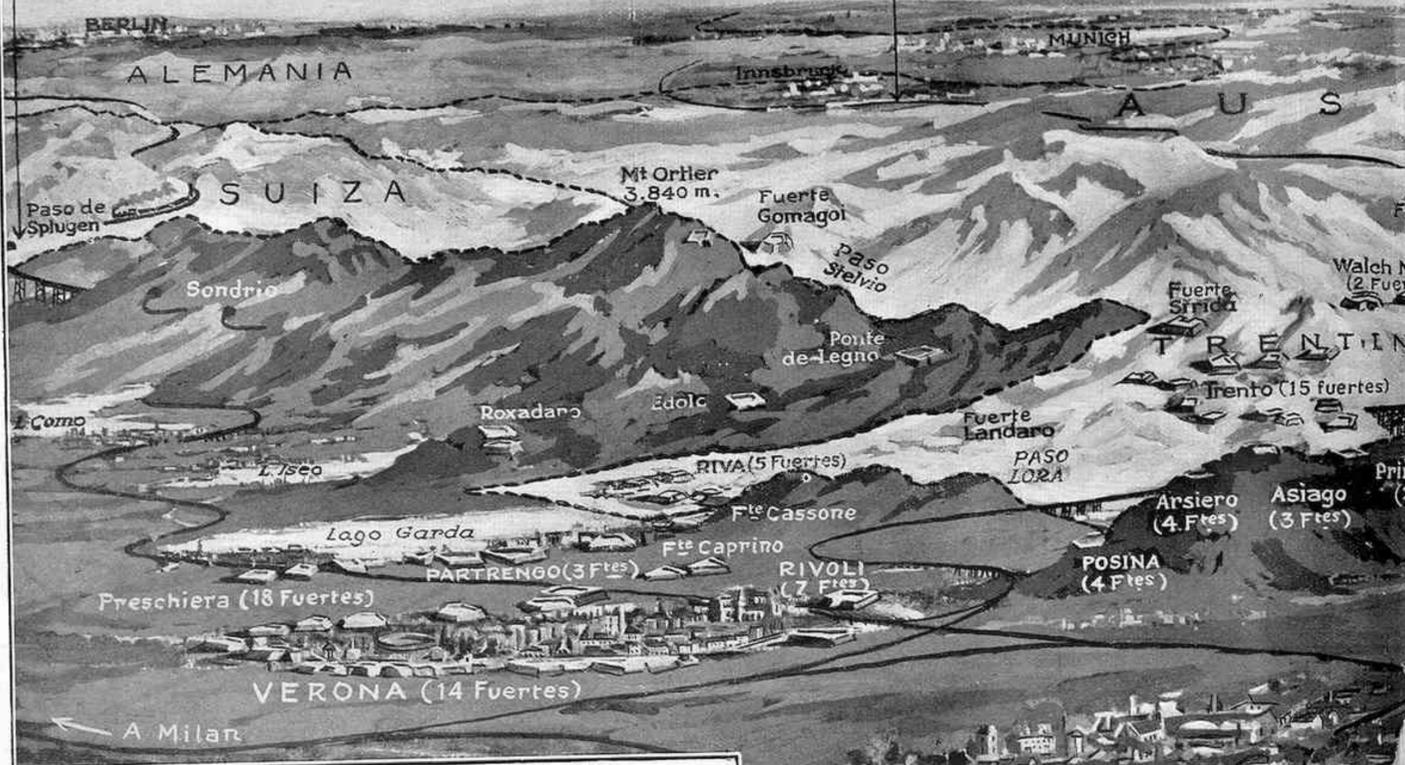


"El embarcadero", cuadro de Santiago Rusiñol

Ferrocarril de Thuisis (sobre el Rhin) atravesando el paso de Splugen

Ferrocarril de Innsbruck a Verona, a través del Brenner, (paso inferior de los Alpes)

Ferrocarril de Viena a Venecia por Pontebba



Mapa del probable teatro de operaciones en la guerra entre Italia y Austria, mostrando los territorios que cedía la segunda y los que constituyen el objetivo de las armas italianas



Gráfico de la frontera fortificada del Norte de Italia, desde el desfiladero de Splugen al mar Adriático

La bandera tricolor italiana quiere flotar airosa en territorios que faltan por engarzar a la unidad por tanto tiempo ambicionada.

Rotos los lazos que la ligaron en la paz a su rival de 1866, de nuevo aparecen latentes los odios de raza, las antipatías históricas, la sed de reivindicación. Las pretensiones italianas respecto a Austria fueron grandes: ocupación inmediata de todo el Trentino y de toda Istria, incluso Trieste, Pola y Fiume; ocupación asimismo de varias islas del Adriático y posesión de una base naval en las costas de Dalmacia. Renuncia por parte de Austria Hungría a toda intervención directa o indirecta en los asuntos de Servia y de los Balcanes que perjudicó a los intereses italianos. Libertad de Italia para arreglar de pleno acuerdo con la Triple Entente la situación en el Mediterráneo oriental y en el imperio otomano y plena libertad de acción en el próximo Congreso de la paz para apoyar las legítimas reivindicaciones de Bélgica y Servia.

Descuidó Italia la fortificación de su frontera con Austria quizá por tener tantos años aliada a sus planes futuros. Por el Tirol, Austria rodea todas las defensas del Veneto y del Friul.

El famoso cuadrilátero formado por las plazas de Pescara, Verona, Mantua y Legnano no representa en poder de los italianos la resistencia que suponía en los austriacos. Por dos veces, en el curso de la historia militar del pasado siglo, fué teatro este campo atrincherado de las luchas entre italianos y austriacos, en 1848 y en 1866.

En esta tercera fase de la ambición italiana, la posición del Serraglio, con Mantua y Borgoforte, puede servir de punto de apoyo para que un ejército, basado en el Adigio, ocupe una posición de flanco sobre el enemigo y detener su marcha sobre Bolonia, reducto de la defensa de Italia superior, débilmente fortificado. En la frontera austriaca, el Trentino es la región más importante, el punto de vista militar. Avanza entre las llanuras del Po, separando la Lombardía del Veneto. El nudo principal de comunicaciones es Trento.

Los austriacos pueden evitar el cuadrilátero, rodeándolo, por los caminos que franquean la zona montañosa.

Los italianos, a su vez, partiendo del Véneto, pueden penetrar en el Tirol y cortar las comunicaciones de los defensores de Trento utilizando los caminos

de los Alpes Dolomíticos, que son: el puerto de Stelvio; el de Tonale, defendido cada uno por un fuerte; el de la Judicaria, por dos; el del valle de Ledro, al Norte del lado de Garda, defendido por las obras de Riva; el de Fugazze, con un fuerte en el valle del Arsa; el del río Brenta, con un fuerte en Grigno, y el del río Cison, con un fuerte en valle Primiero.

Trento es un importante campo atrincherado. Franzensfeste y Finstermünz defienden la salida del Puster-Thal, la entrada del Brenner, el puerto de Rheschen y el boquete del In.

El fuerte de Malborghetto defiende el puerto de Tarvis, en los Alpes Julianos y Flitch el puerto de Predil.

Los puertos austriacos de Lesina, Lissa, Gravosa, Ragusa, Budna y Cattaro en las islas y costas de Dalmacia están sólidamente fortificados. Frente a Pola, base naval austriaca, Venecia llave del Adriático.

Ejércitos poderosos, escuadras gigantescas, saldos históricos a reivindicar: ¡Nueva hecatombe sangrienta!

CAPITÁN FONTIBRE



Los robles de la raza El solitario de Provedaño

ESTE que veis aquí, de rostro avellanado y enjuto, de barba descuidada y recia, de mirada firme y escrutadora, como de águila, tipo de español y de hidalgo, es D. Angel de los Ríos y Ríos, artista, labrador y erudito, señor de la torre de Provedaño, en tierras de Campóo, y uno de los más nobles caballeros de la vieja Cantabria. Otro hidalgo de tipo velazqueño, también artista y poeta, lo pintó en sus páginas de *Peñas Arriba*, vestido con un traje modesto de paño oscuro, fuerte y barato, y calzado con abarcas de tarugos; pero por su linaje, su figura y sus aficiones, pudo ser caballero de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.

El insigne novelista montañés encontró al señor de la torre subido sobre un carro cargado de seco retoño, lanzándolo con brío á grandes *horconadas* á un boquerón de la pared, donde otra persona lo recogía y *acaldaba* más adentro, oficio de labrador que alternaba con sus tareas de escritor erudito, inclinado sobre viejos infolios y graves libros, en una estancia solitaria, lejos de todo ruido mundanal. En aquellas soledades fortaleció D. Angel su naturaleza, fuerte como tallada en las canteras campurrianas, robusta como hecha de los robles de sus montes; en ellas templó también su espíritu, dándole durezas de roca viva y ganando para él tan señorial independencia, que lo hizo libre de la mejor de las libertades.

Desde los ventanales de su torre ó desde la solana de su casa labradora, tendía la mirada sobre el valle, admirando el bravo paisaje de prados fecundos y montañas de reconquista, cuyas historias y tradiciones sabía de memoria y procuraba divulgar, para honor de la raza. Gustaba de que sus manos recogieran la hierba olorosa y seca ó podasen el árbol caduco que él quería admirar verde y lozano; animaba con el hilo de su voz, desafinada y débil, como de sordo, el paso de las vacas cuando iban, al atardecer, en busca del establo; podía recorrer á ciegas caminos y senderos, adivinando su trazado bajo la nieve, y conocía los rumores de todas las frondas y el cantar del agua en todos los regatos.

No se desdenaba de ser conocido por sus oficios de labrador, ni de verse alguna vez sorprendido cruzando sus haciendas y heredades con abarcas de campesino. Noblemente se lo decía á Pereda, en la visita que el autor de *Peñas Arriba* le hizo desde Tablanca: «No le pido á usted perdón por los hábitos y ocupaciones en que me encuentra, porque si tuviera en mengua emplearme tan á menudo como me empleo en estas rudas labores, no me empleara. No me dan ellas todo el pan que me nutre el cuerpo, pero me ayudan á conservarle; y como, á la par que convenientes, me son muy agradables, y las tengo por honorosas, ¿á qué acusarme de ellas como de un pecado contra los timbres de mi linaje?»

En constante comunión con la Naturaleza, el señor de Cantabria vivía asomado á los horizontes de la vida moral, escrutaba las penumbras de la Historia y echaba á volar la fantasía por los cielos del Arte, sintetizando en la fortaleza de su cuerpo las cualidades de sus medios de vida, y en la independencia y virilidad de su espíritu las virtudes de su raza. Llevaba en el pecho un acendrado culto á las grandezas españolas y á las glorias del nativo solar; estudiaba con amor y constancia la historia del mundo, desde que el



primer sol le alumbrara, y seguía la marcha de la humanidad, desde sus primeros balbuceos; había soñado muchas noches bajo las arcadas de los viejos claustros y en la soledad de las góticas catedrales; sabía leer en los antiguos códices y en los amarillentos pergaminos que se guardan en archivos y bibliotecas; conocía el secreto de las piedras célticas, de los viejos dólmenes y de las cruces misteriosas de los caminos; era versado en letras arcaicas y en leyes y ordenanzas antiguas; contaba tradiciones y relatos de luchas, batallas y discordias de pueblos, reinos y familias; recitaba leyendas y romances, como un trovador de la Edad Media; era, en fin, una viviente crónica del pasado, con hazañas y nombres de reyes, emperadores, príncipes, santos, poetas, abades, señores y caudillos. Era un hombre de cuerpo rudo y entendimiento cultivado, con el corazón henchido de nobles alientos, capaz, por su temple de ánimo, de las más generosas acciones y de los pensamientos de vuelo más alto. En su pecho tenían hondísimas raíces

su fe de cristiano y su ideal de la justicia y del honor, y era de carácter tan firme, tan señorial y tan altivo, que fué siempre un bravo ejemplar de la raza cántabra. El maestro Pérez Galdós pudiera haberle tomado por modelo para describir en las páginas de *La campaña del Maestrazgo*, al hidalgo D. Beltrán de Urdaneta, el desgraciado señor de Rubielos y de la Torre y Casa-Fuerte de Albalate, caballero de recia estirpe, que pasea su grandeza de prócer venido á menos, desde Alcañiz hasta Horta, tras de la santa huella de Marcela, la monja de Jiquena que se abraza en amores de santidad.

Jamás puso en sus labios la mentira, ni se doblegó á convencionalismos hipócritas y fáciles conveniencias, aunque fueran las suyas; ni fué empingorrotado personaje de la farsa social, ni aduló el cacicazgo del moderno feudalismo político. La verdad era el sello de sus acciones y la rúbrica de sus palabras. Y eran tan exaltados sus ideales de justicia, que cayó muchas veces en extravagancias caballerescas que hicieron ser su carácter violento, temerario y hasta agresivo.

Pereda dijo de él en un libro insigne, que si un día llegara á reconocerse delincuente y no hubiera juez que persiguiera su delito, él se declararía juez y hasta carcelero de sí propio. Pero no vivía constantemente arrasado por violencias de carácter, víctima de sus exaltaciones, porque era en la conversación tan discreto como juicioso, y llevaba en el alma la pasión de los menesterosos, de los perseguidos y de los débiles. Ni estaba pegado á sus blasones, como el avaro á sus talegas ó el muérdago á la encina, sino que gustaba de una democracia respetuosa y digna, y en su vida de solitario sabía mirarse al espejo de la realidad.

El caballero campurriano ejerció en Madrid oficios de periodista; pero el bullicio de la corte, las nuevas amistades, la independencia de la vida madrileña, el hervor de gentes en teatros, calles, tertulias y cafés, no fueron bastante á sujetarle fuera de su tierra natal.

Llevaba la grandeza de sus montañas dentro del pecho, sentía en el cerebro aleteos de águila, y padecía la nostalgia de las alturas. En ellas podía únicamente vivir aquel espíritu-cumbre, nacido y formado en una naturaleza bravía, á la sombra de altos picachos, sobre profundas cortaduras, entre la cellisca invernal, arrullado por el eco de los torrentes. Atrás dejó sus años mozos, incoloros y sin raíces, sin nada que pudiera servirle para formar su figura física y su fisonomía moral. D. Angel de los Ríos, el grande, el austero señor de Provedaño, inmortalizado por Pereda en las páginas de *Peñas Arriba*, el recio de cuerpo y de alma, el erudito y el artista, se encerró, en plena juventud, en su torre señorial del siglo XIII.

Desde la torre iba D. Angel á Reinosa de vez en cuando. Viajaba á caballo, con un zurrón cargado de papeles á la espalda, desafiando, como un cosaco, los ardores del sol en plena tarde estival, ó las dentelladas de la cellisca en el invierno. Seco y duro, como hecho de los robles centenarios de los bosques cántabros, pasaba sobre barrancos y breñales y cruzaba la larga carretera, vencedor de los furores de la Naturaleza y de los achaques de la ancianidad. Bonafoux, el infatigable cronista de la vida parisiense, le vió cruzar las estepas de Hozcaba, como un fantasma de la prehistoria vuelto á la vida, y al con-

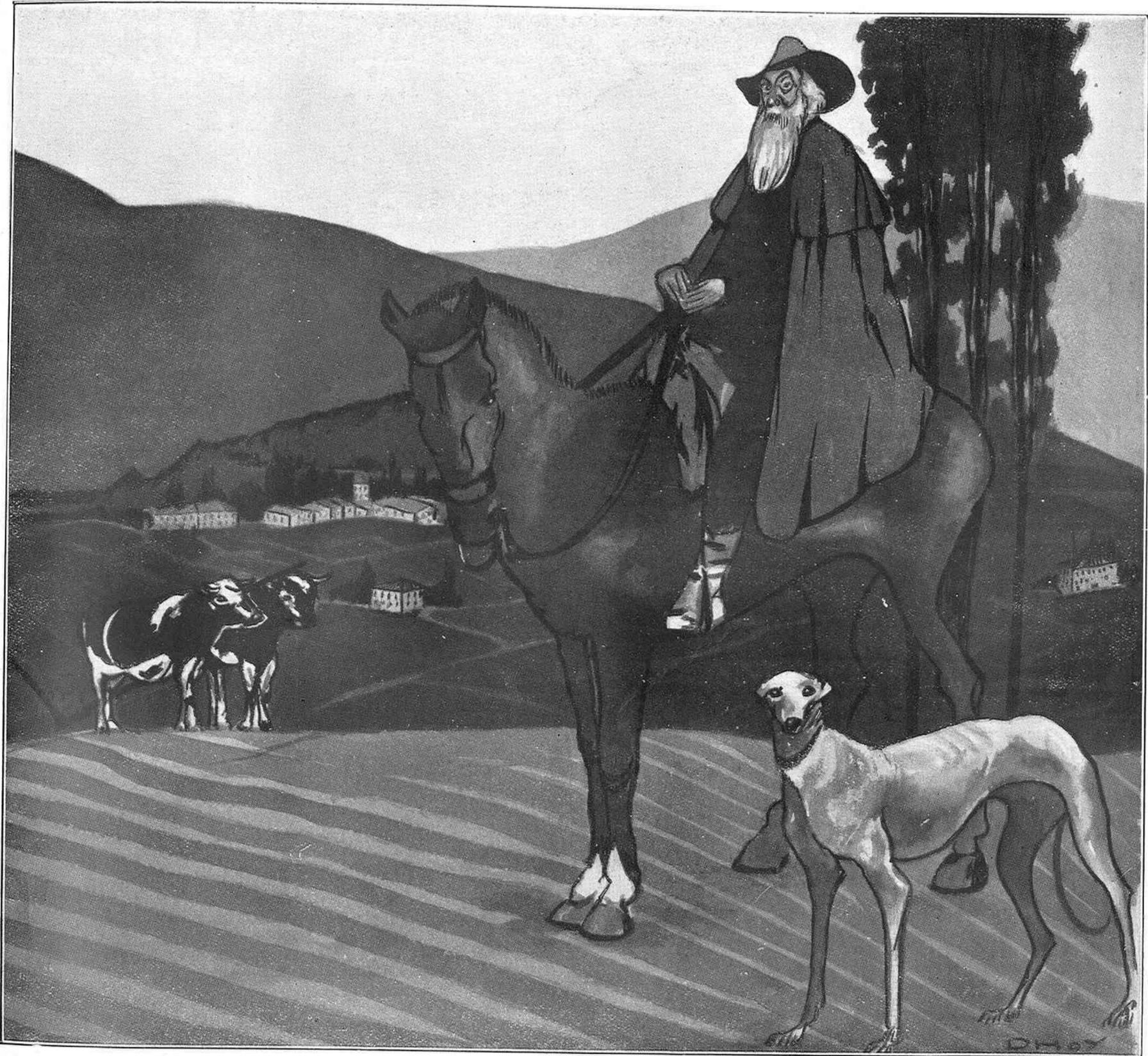
templarle victorioso y gigantesco, le recordaba á Bismarck, á caballo sobre su neurosis, corriendo á las altas horas de la noche por la Selva Negra.

Despachados sus asuntos en la villa, el caballero de la torre se encerraba en una casona de su propiedad, vieja y triste. Al través de las piezas grandes y solitarias, paseaba su enérgica figura, reflejándola en las paredes como la de un espectro, ó parado junto á una mesa, revolvía

De la torre salió alguna vez para hundir su cuerpo en las lobreguezes de la cárcel, por no avenirse con las costumbres de hogaño y oponer su recio temple de señor feudal al bajo imperio de los hombres zafios, ó querer hacerse justicia, vengando agravios ó deshaciendo entuertos. En la sala donde estudiaba y escribía, llena de libros y panoplias, se despidió una noche de sus hijos pequeños con los versos del romance en que se arma caballero Pedro Arias:

darjo solar. Al morirse, se le fué el alma á la torre de Provedaño, á la casa señorial y á la labradora. Entre los muros olvidados y ruinosos, medio deshechos por el tiempo y la indiferencia de las gentes, el recuerdo del caballero tiene vida inmortal.

En la torre, solamente sentía el caballero la nostalgia de otros muros más altos, como si el anhelo de su vida fuera subir á las cumbres, como las águilas. A su abrigo, vivió siempre en una



abultados librotos y legajos amarillentos, descifrando, con mirada de águila, los escudos de la más rancia nobleza de Castilla, estudiando las luchas, usos y costumbres de las razas muertas ó aclarando y fijando fechas y lugares de episodios de guerra y hechos de cruzada ó de reconquista. Estas labores de cronista, poeta y erudito, le ocupaban algunas horas todos los días, y las alternaba con las rudas tareas del campo, que ennobleció. Muchas veces, ya sonada en las iglesias la hora de la queda, los vecinos le veían andar de un lado á otro de la casa, cargado de papeles y alumbrándose con una vela, y sentían la extrañeza y el asombro de las cosas muertas y desconocidas. En torno del hidalgo, noble, audaz, valeroso, independiente, casi selvático, algunas buenas gentes, ingenuas y medrosicas, fueron tejiendo su leyenda de brujo.

... á quien de tí se flare,
no le engañes, que te engañas;
perdona al vencido triste
que no puede tomar lanza,
no des lugar que tu brazo
rompa las medrosas armas;
mas en tanto que durare
en tu contrario la saña,
no dudes el golpe fiero
ni perdones la estocada..

Luego de darles el espaldarazo con una vieja fizona histórica, que guardaba como una reliquia, y de posar sus labios en la frente de los asombrados chiquillos, el caballero se entregó á la justicia, satisfecho de haber cumplido un sagrado deber.

Una tarde de Agosto, D. Angel de los Ríos cayó muerto bajo la sombra augusta de su legen-

gustosa soledad de hidalgo y de poeta. Bajo su techo buscó el amor de los libros y el consuelo del Arte, como un regazo donde apoyar la frente dolorida ó un refugio contra los quebrantos del cuerpo y del espíritu, cuando algunas veces tornó al sosiego de su hogar, como Don Quijote, silencioso y desalentado, mal ferido en el alma por las congojas del mundo, que le hacían caer á tierra desde los cielos, que había pretendido escalar, en su ideal de honor y de justicia.

El limpio nombre de la torre y augusta sombra de sus históricas paredes, le hicieron siempre rehacerse de sus caídas y cobrar nuevos bríos. Y para vivir en su soledad de hidalgo y de poeta, le bastaron su escudo de nobleza y su pluma.

José MONTERO

DIBUJOS DE D. H. O. Y.



UNA GRAN OPERACIÓN MILITAR
EL RIO KERT EN PODER DE ESPAÑA



Moro de las fuerzas indígenas del "Gum" que mandaba el bravo Abdalá, disparando contra los rifeños enemigos al amparo de un caballo muerto, mientras sus compañeros recogían el cadáver de su jefe, muerto en lucha cuerpo á cuerpo con el jefe nómada Burrahai

Los cruentos episodios de la guerra europea, sus varios incidentes y sus inesperadas complicaciones que de día en día extienden y agravan el conflicto, absorben nuestra atención tan por completo, que no nos dejan tregua para pensar en aquello que más directamente nos afecta.

Ni aun tratándose de problemas de trascendencia tan excepcional para nosotros como el de Marruecos, á cuyo desenvolvimiento debiera estar atenta toda España y cuya solución debiera constituir el más fervoroso anhelo nacional, permanece despierto el interés público, que se consagra por entero á otros asuntos, importantes sin duda, pero que ni representan hoy para nosotros lo que el que desde hace muchos años tenemos en pie dentro de casa, ni pueden influir tan directamente en nuestro bienestar futuro, en el porvenir de la patria, de manera tan decisiva como este de nuestra actuación y de nuestro dominio en el Rif.

No obstante permanecer actualmente libres de una seria amenaza de intervención directa en el conflicto armado que aniquila á Europa, y no obstante ser un proble-

ma planteado y de inmediata transcendencia para nosotros el de Marruecos, tenemos éste absolutamente olvidado y únicamente nos preocupa aquél.

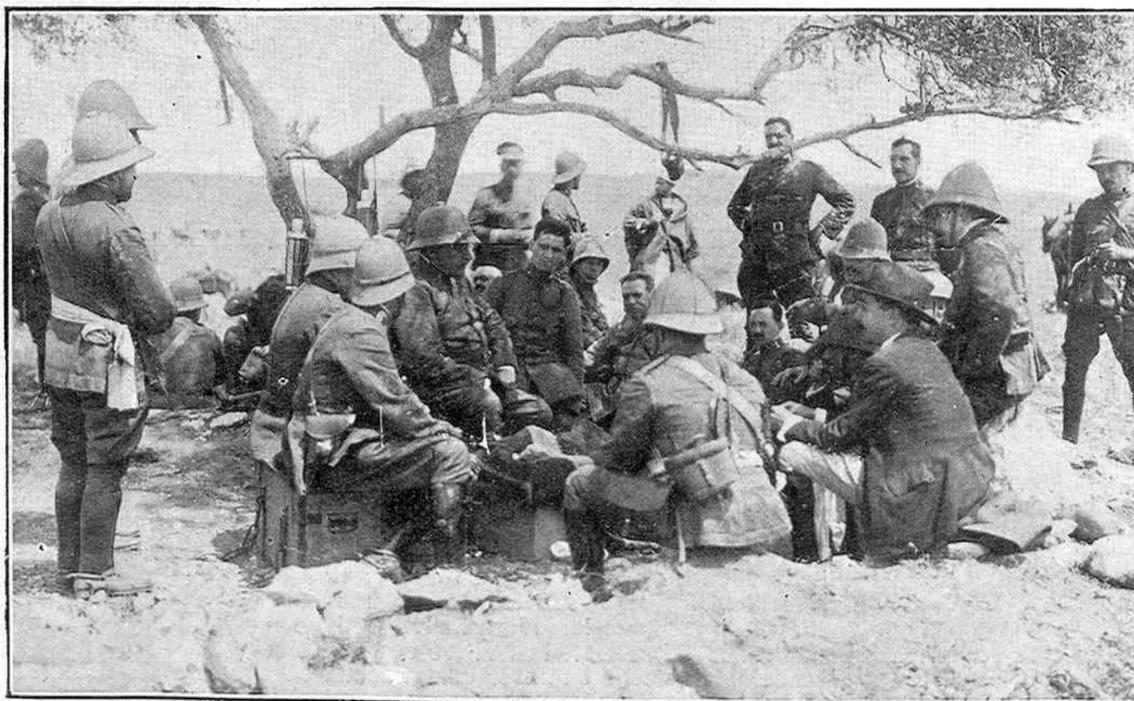
Así se explica que apenas tengamos conocimiento de algunos hechos que revisten importancia indudable ó que acojamos con desdén y con indiferencia incomprensibles las noticias que

de ellos dá la Prensa diaria con más brevedad de la que conviene al interés de la nación.

Pocos días hace efectuóse en el campo marroquí, aún no sometido á la dominación española, una operación militar que por la extraordinaria significación que tiene para la influencia de España en Marruecos, desde los puntos de vista militar y político, ha debido ser divulgada para

conocimiento de todos de una manera tan minuciosa y circunstanciada como exigía su indiscutible transcendencia.

Por los breves relatos que de esta operación hicieron los periódicos, únicamente han podido darse exacta cuenta de su importancia aquellas personas que por haber dedicado una gran atención al problema, y por haber hecho de él serios estudios, están capacitadas para formar exacto juicio merced á la simple y extractada relación que del suceso puede hacerse en un telegrama de veinte líneas; pero no así aquellos otros que no están impuestos en el asunto y los que continuarán en la más absoluta ignorancia respecto de la significación que tal hecho tiene en tanto que de él no se les dé una explicación clara y minuciosa.

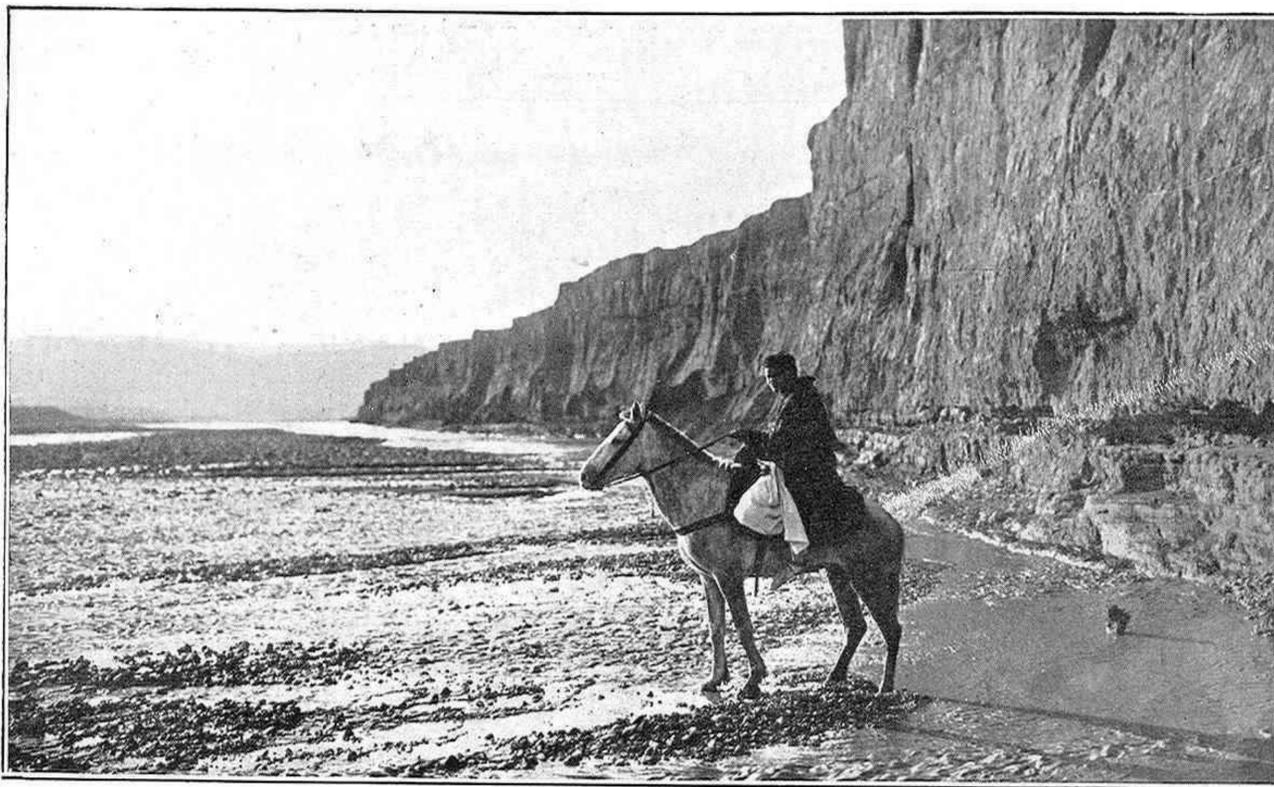


El general Jordana, con su cuartel general, descansando á la sombra del único árbol que se eleva en la meseta del Tikermin, y en torno del cual se reunían los jefes rebeldes para acordar los ataques á nuestras tropas

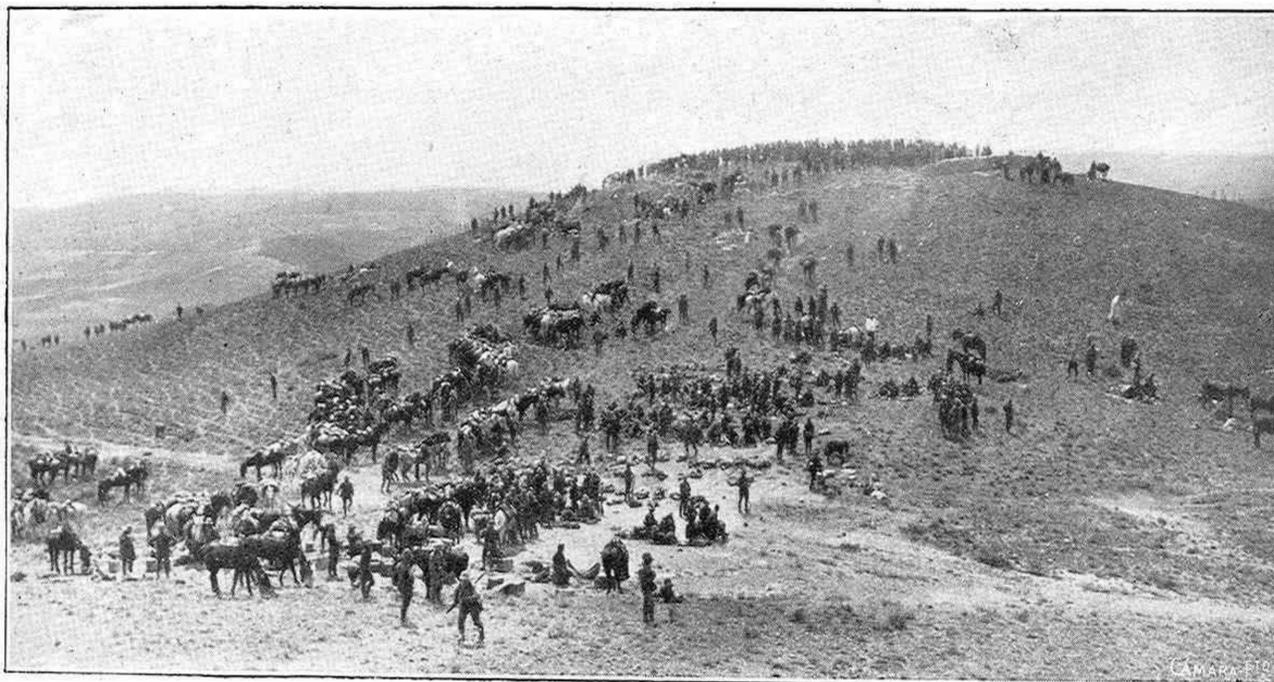
Con la brevedad y la concisión que nos impone, más que la falta de espacio la índole de esta publicación, vamos a dar a nuestros lectores una ligera idea de la importancia que tiene el hecho a que aludimos.

Desde 1911, en que las tropas efectuaron un avance hacia el río Kert, tomando algunas posiciones estratégicas en las que convenía que se afianzara nuestro poder para ulteriores fines, los rifeños de aquella zona, seguros de que a los intereses de España convenía adueñarse del otro lado del río y avanzar hasta el macizo del Tikermin para establecer en él un campamento que diera a la nación el dominio absoluto de aquellos contornos, ya que no pudieran impedir la llegada y permanencia de los bravos soldados españoles, dedicáronse a hostilizar incesantemente los puestos avanzados en que se habían hecho firmes, sosteniendo en Monte Mauro y en la meseta del Tikermin grandes contingentes que impidieran con su acción vigilante y agresiva la realización de los planes atribuidos por ellos al mando en jefe de aquellas fuerzas españolas.

La conquista del Kert y del Tikermin era, pues, un problema difícil y peligroso pero que había que acometer con firme propósito de resolverlo de un modo tan satisfactorio como definitivo. En el ánimo del ilustre general Gómez Jorda-



Moros de las fuerzas indígenas pasando el río Kert en servicio de exploración, horas antes de emprender el avance las fuerzas del ejército



Nuestras tropas fortificando la posición de la meseta del Tikermin, al otro lado del río Kert, en el momento de la ocupación

del Tikermin, donde se hicieron fuertes dejando establecidos campamentos en varias posiciones que significan el dominio de aquel extenso campo.

Preparada la operación en el mayor secreto y realizada antes de amanecer, cuando el enemigo pudo darse cuenta de ella nuestros soldados encontrábanse ya posesionados del terreno, y aunque las huestes rifeñas hostilizaron con su acostumbrada temeridad y su terco valor, causando pocas, pero sensibles bajas en nuestras filas, no les fué posible impedir, ni siquiera aminorar el éxito de la conquista, que es de tanta mayor importancia cuanto que puede considerarse de efecto decisivo para la pacificación de aquella amplia zona.

Perdido para los moros el macizo de Tikermin, puede asegurarse que cesarán las hostilidades y que, unida a este brillante hecho de armas la acción política que ha de seguirle y que tan excelentes resultados dió ya, queda franco el camino a la obra de expansión y progreso que España tiene el deber de realizar en el territorio marroquí.

DIEGO DE LEÓN

na, jefe de las fuerzas de operaciones en aquella zona, persistía sin el menor decaimiento esta idea, pero alcanzándosele lo que importaba a su feliz realización la oportunidad del momento, dedicóse a preparar éste con calma y tenacidad que garantizaran el triunfo.

No solamente a la acción arrolladora de las armas había que encomendar este importantísimo servicio, sino que tanto por ahorrar sangre como por hacer más sólida la conquista, era preciso recurrir a la acción de carácter político que, captando simpatías y despertando confianzas, disminuyera el número de los enemigos y templara sus ardores bélicos.

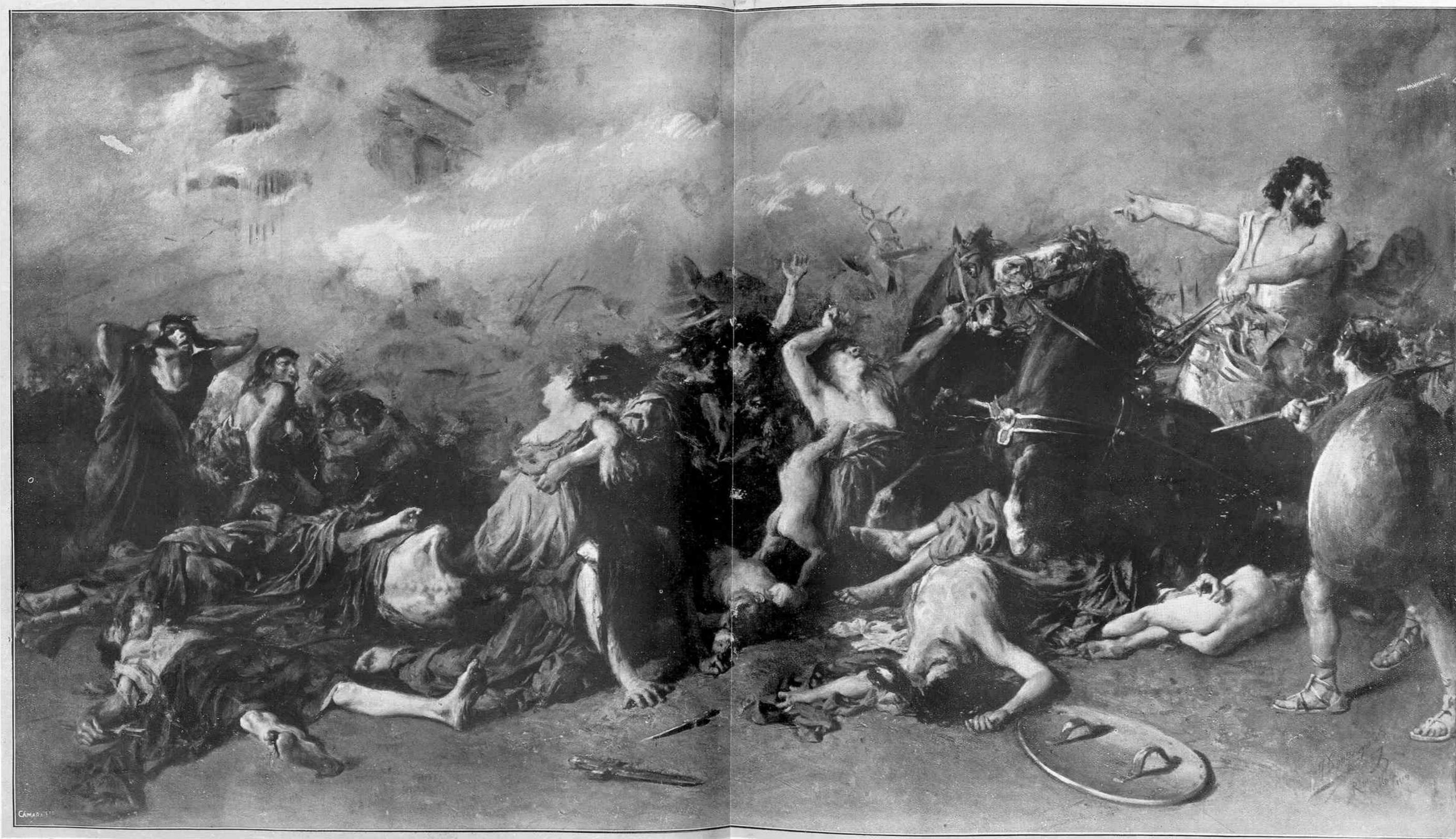
A este fin ha venido encaminada la labor perseverante e intetigentísima del ilustre soldado desde la citada fecha, y de su acierto indiscutible y de la eficacia de esa labor es prueba elocuente la forma en que la operación se ha realizado en toda su amplitud y sin que haya habido que lamentar el número de bajas que hacía temer la importancia del fin que se perseguía y lo audaz del propósito.

Merced a una acción admirablemente combinada por el general jefe de las fuerzas, y que secundaron con tanto acierto como valor las brigadas al mando de los señores Villalba, Aizpuru y Fridrich, nuestras tropas franquearon el río Kert y se apoderaron del macizo



Moros de la jarca amiga tiroteándose con los rebeldes para proteger la construcción de parapetos por nuestras fuerzas en las posiciones ocupadas

FOTS. LAZARO



ÚLTIMO DÍA DE SAGUNTO, cuadro de Francisco Domingo Marqués

MADRID



Sinagoga de Varsovia



Plaza de San Alejandro

EN DERREDOR DE VARSOVIA

POLONIA, LA CRUCIFICADA

Al estallar la guerra y llegar á Polonia los primeros contingentes rusos, el Gran Duque, jefe de aquel ejército, dirigió una proclama á los polacos, en que se les decía: *Con el corazón abierto, con las manos fraternalmente extendidas, Rusia la grande viene á vuestro encuentro...* Y luego se le prometían aquellas transformaciones de régimen político, que servirían para consolar á los pobres polacos de la pérdida de su nacionalidad.

Al fin, al cabo de un siglo de verse despedazada, humillada, escarnecida la pobre Polonia, mejor dicho el trozo de Polonia que se había llevado Rusia, iba á respirar libre en una amplia autonomía. Al conocerse la proclama del Gran Duque estalló en todo el mundo, y especialmente en los países aliados un grito de júbilo. No sólo iba á repararse una de las más grandes iniquidades de la historia, sino que ello era la prueba de que Rusia, la autocrática, la cruel represora, la bárbara Rusia era capaz de un sentimiento generoso. Hanotaux, el exministro de Estado francés, que elaboró la alianza franco-rusa, escribía en *La Revue Hebdomadaire*: *La gran crucificada europea, la Polonia, será desclavada de su cruz y descendida en su calvario; devuelta á la alegría de vivir, marchará entre los hombres, gloriosa y ensalzada como nunca.*

Otros políticos y escritores franceses llegaban á concebir mayores esperanzas y más concretos anhelos. Etienne Lamy, secretario perpetuo de

la Academia de la Lengua, ha dicho á un periodista polaco que le interrogaba: «Polonia falta en Europa. Su despedamiento inició una era de perturbaciones y conflictos. Su renacimiento, su reconstrucción son necesarios, no solamente por razones de justicia, sino para el mantenimiento de la tranquilidad en Europa. Después que Rusia cambie de procedimiento y se convierta de tirano duro en tutor cariñoso, dispuesto á dar completa libertad á su pupila, habrá que lle-

gar, por acuerdo de toda Europa, á la vivificación de Polonia...» Y como el periodista polaco que le oía dudara de que llegasen estas horas felices, de que Prusia cambiara, Etienne Lamy exclama, «¡Pero dudar es estar ciego! ¿No vé usted que al acabar la guerra Rusia será dueña de Constantinopla y de Armenia, con salida libre al Mediterráneo, y de una gran parte del Asia Menor? ¿Qué le importará ni en qué padecerá entonces su dignidad moral ni política consintiendo en la creación de una Polonia independiente, tanto más si vamos á arrancar los otros trozos polacos de las manos detentadoras de Prusia y de Austria? Claro es que será necesario que Europa dé á la nueva Polonia garantías de estabilidad y seguridad en el orden religioso, porque la ortodoxia es el adversario enconado del catolicismo polaco y en el orden político, porque á pesar de la Duma, Rusia no tiene todavía ni tendrá en mucho tiempo los elementos necesarios para una vida política francamente liberal, mientras que Polonia está mucho más avanzada en este sentido y mucho mejor preparada.»

He aquí cómo vamos á reconstruir Polonia según el anhelo francés. Varsovia, la espléndida capital que hoy sufre los horrores de la guerra, con sus setecientos sesenta mil habitantes, sus numerosas fábricas, sus calles admirables, será la capital de un gran reino que deberá comprender casi toda la Prusia actual y todos los territorios que antiguamente pertenecieron á la Polonia

LUDZIE!

Tym, co rozkazali

Tęczowe barwy migocą po świecie,
Patrzcie! wnet krzewy zieloność wypuszczą.
I puchnieć zaczęła czerechami sady,
Śpiewacze w gaju popłyną kaskady,
Fiołki swe główki pośród traw wyluszcza,
A wy się, ludzie, ze sobą bijecie...

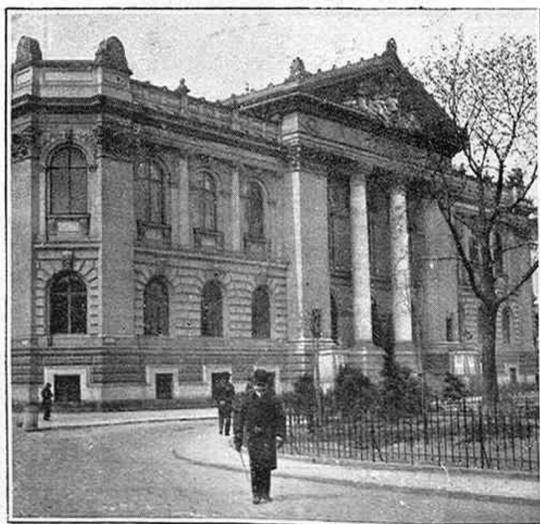
Wszak każda chwila spłynąć winna rajem,
Gdy nad skroniami zwisną bzy liljowe,
Słownik kochania nokturny zanuci,
Kiedy się motyl z odrętwień ocuci,
Świeżym szkarłatem spleoną kwiaty płowe,
A wy się, ludzie, mordujecie wzajem!

Gwiazdy krociami znaczą na zenicie,
Że się misterjum w okół rozpoczęło,
Ze ranków hymny rozbrzmia w rosach szmerem,
Szlakiem błękitu co płynie eterem...
Zkąd się w was tyle nienawiści wzięło
By niszczyć, ludzie, to przepiękne życie?

Kula, co serce zawczasu przewierci,
Czyż nie zbyt ciężko obciąża cmentarze?
Małoz nam mogił gdzie włosy bieleją,
Gdzie dłonie sierot rozchodniki sięją,
By kryć wspomnieniem opróżnione stráže,
Malo nam jeszcze mówcie, ludzie, śmierci?!

Zamiast kołysać się w istnień uludzie,
I wieć girlandy póki kwitną róże,
Szarpicie życie na łachmanów strzępy
I krew bliźniego toczycie jak sępy,
Weiskając karkom nikczemne obróże,
Zagłady hufce, wy — ludzie!

JANINA LASIŃSKA



Palacio de Bellas Artes



Detalle de la edificación

Poesía polaca



La Estación de Varsovia-Viena



Una balsa sobre el Vistula

primitiva; estos territorios son Posnania, Silesia, las dos Prusias, real y ducal... A estos terrenos se unirán los que Rusia quiera ceder á esta Polonia independiente, quedando siempre un resto para formar parte del imperio ruso que, antes que á límites históricos, habrá de aspirar á trazar una frontera que no la perjudique estratégicamente y aun económicamente... Por ejemplo, las minas de sal gema, de hierro, de plata, deberán quedar en manos de Rusia... Esto no debe impedir que Polonia obtenga todo lo necesario para su desarrollo económico y que posea una salida libre al mar Báltico, aunque claro es Rusia apetece quedarse con el puerto de Danzig. Es indudable, pues, que la nueva Polonia debe constituirse para librar á los polacos del yugo alemán.

¿Y del yugo ruso? Y Etienne Lamy responde: «Ese es un problema muy difícil; allí se confunden y mezclan los intereses de religión, de raza, de nacionalidad, de intereses económicos, porque los polacos constituyen hoy la parte más culta, más industrial, más progresiva del pueblo ruso. Pero Rusia tiene buenos propósitos». En plena guerra va á conceder la autonomía, va á dar libertades; el Gran Duque ha escrito unas memorables palabras: «... con el corazón abier-

to, con las manos extendidas fraternalmente...» En la Duma, uno de los diputados más reaccionarios, más enemigos de Polonia, Puriszkiwick, ha hecho grandes elogios de los polacos que pelean en el ejército ruso...

¡Pobre Polonia! El grito de su admirable héroe Kociusko, al caer herido: «¡Finis Polonia!» repercute como una maldición á través de los siglos. Conoce bien el halago de estas promesas. En momentos de peligro se las hizo Napoleón, se las hizo Federico Guillermo de Prusia, se las hizo el czar Alejandro... Este llegó á más; éste concedió en 1815 una verdadera autonomía; durante cuatro años fué, más que un dueño, un aliado, un protector; pero en 1819, libre ya de otros cuidados y temores, se empeñó en destruir hasta las más hondas raíces de la nacionalidad vencida. Anuló todas las libertades políticas y emprendió la persecución de estas dos sagradas cosas que constituyen el alma de los pueblos: la religión y el idioma. Se prohibió el uso del polaco y del hebreo á católicos y judíos, no sólo en los actos oficiales, sino en el templo, en los negocios particulares, en la correspondencia privada, en los lugares públicos, en las calles mismas. Los libros religiosos impresos en polaco y en hebreo fueron exterminados. La delación de

haber hablado el idioma nacional donde un ruso lo oyese, aun en el hogar, llevaba á las gentes á la cárcel, á la deportación, á la muerte... Y ahora, un nuevo desengaño. *El Mensajero oficial* ruso ha publicado la nueva ley de autonomía municipal, la que había prometido el Gran Duque cuando pidió á Polonia que la ayudase á combatir á Alemania. El periodista polaco Gasiowski, que es adicto á Francia, escribe. «El texto de la nueva ley destruye todas nuestras ilusiones. Esta ley no tiene relación ninguna con la guerra actual ni con la proclama del Gran Duque; no consagra los merecimientos de Polonia resurrexa. Es una añagaza del partido retrógrado ruso. Es la misma ley, ya vieja, que discutió durante tres años la Duma y que por dos veces había rechazado el Consejo del Imperio...»

¡Pobre Polonia crucificada! Entre tanto, el cañón destruye tus caseríos, la caballería arrasa tus campos, tus hijos son llevados á millares á defender un Estado que odian, y por él dan su sangre y su vida, y Varsovia, la hermosa ciudad rica, espléndida, llena de recuerdos sagrados, se estremece escuchando en la lejanía el fragor de la guerra y recogiendo, amorosa y lastimera, los convoyes de heridos...!

MÍNIMO ESPAÑOL



Los mercados de Varsovia



La Casa Ayuntamiento de Varsovia

BIBLIOTECA MADRID

MARIPOSA Y MUJER

Flor que brillas; flor con alas;
ya mujer ó mariposa
que los ojos nos regalas,
insegura y caprichosa,
con tus iris ó tus galas.

¡Quién pudiera detener
tu marcha ingrátida y terca,
por el único placer
de admirarte más de cerca
¡bello insecto! ¡áurea mujer!

Afanoso te persigo,
pero temo al dar contigo
que huyas rauda de mi lado
¿para qué mayor castigo
que mirarme así burlado?

¿Por qué tu capricho emplea
en dejarme tal rigor
fugitiva taracea,
musa errante, bella idea,
débil alma de un amor?

¡Mujer! ¡mariposa! ¡sueño
que la primavera lanza
tan breve porque es risueño,
tan frágil como halagüeño,
por ser la misma esperanza!

No huyas, no, que algo palpita
de emoción en tu desdén
y en la ansiedad que te agita.
¡El aire te necesita,
y mi corazón también!

Deja que hastiado de prosa,
este corazón, revele
la sed de amor que te acosa,
por la mujer mariposa,
mariposa que no vuela,

y enamorada y vencida
en mis propios brazos dé,
para darme así la vida
que si es mariposa herida
con mi amor la salvaré.

ooo

¡Habla, insecto! ¡habla, señora!
¿De qué seda te cubrió
la palidez de la aurora?
¿Quién la piel que me enamora
en sus telares tejó?

¿De qué cráter es la activa
llama que en tus ojos vi?
¿Quién tu frente pensativa
sobre el mundo inclina así?
¿Quién dió á tus labios la viva
coloración del rubí?

¿Qué espíritu fermentado
robando al viento veloz
pudo poner su sonido
en la magia de tu voz?

¿Quién te enseña los desdenes
con que seduces y alteras
á los galanes que tienes
y á los traidores que esperas?

¿Quién para nuestra ventura
y nuestra condenación,
dió á tus ojos la dulzura
y á tus labios la oración?

¿Quién la elegancia de diosa
puso en tu talle hechicero?
¡No lo sé, mas por ti muero
por mujer y mariposa!

ooo

¡Primavera de la vida!
Jardín que una vez cruzamos
cuando inconscientes llevamos
en la mano el corazón;
la crisálida dispónme
de una bella mariposa,
que en el cáliz de tal rosa,
no se cambie en moscardón!

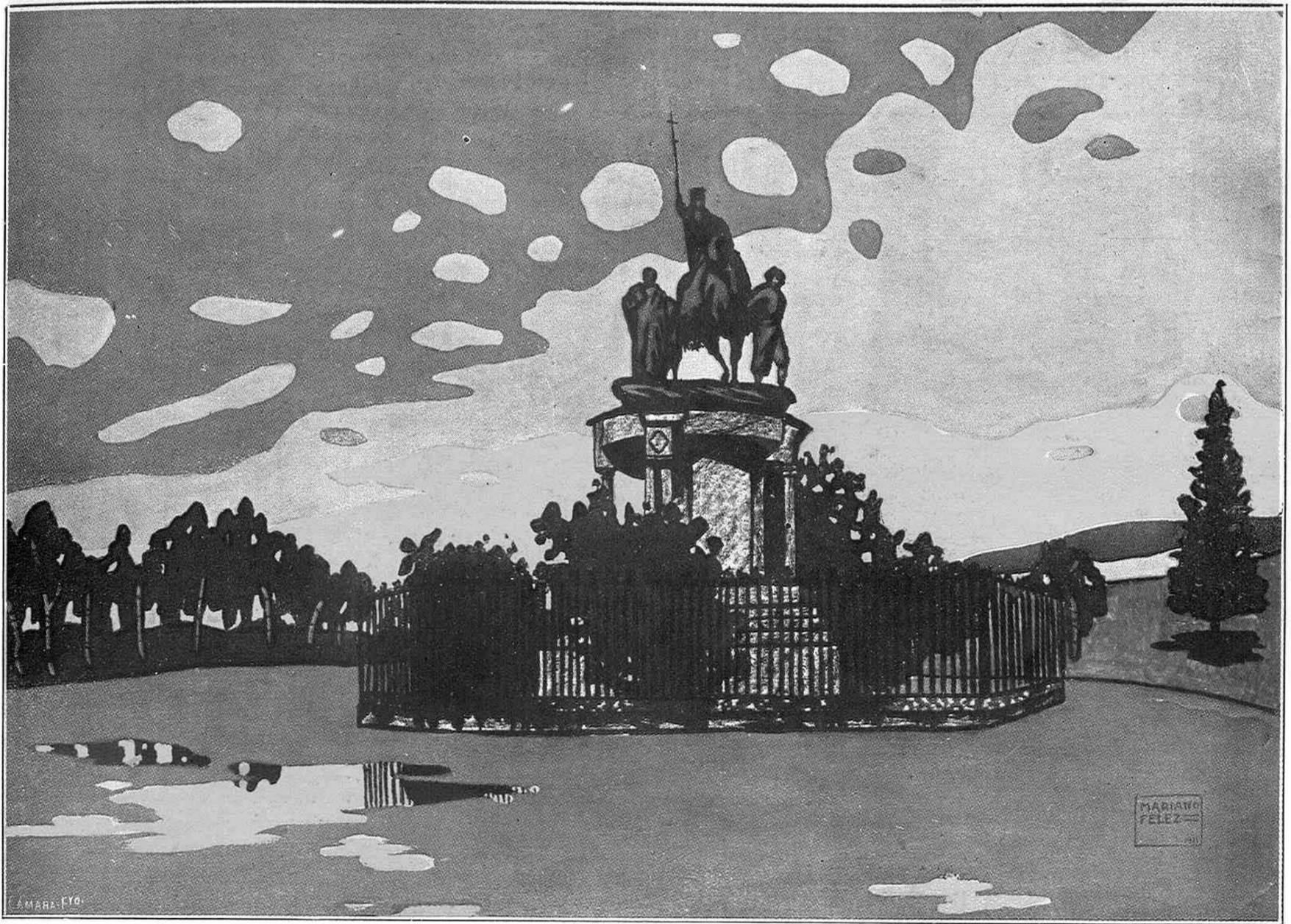
Mariposas de alas de oro
sobre el azul de mi cielo,
como perenne consuelo
mis amores quiero ver.
Polvo de oro de esas galas,
son mis sueños pertinaces...
¡Quiera Dios que con sus alas
no lo avente una mujer!

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA

DIBUJO DE LUIS ICART



CÁMARA-F19



NOTAS MADRILEÑAS

Monumento á Isabel la Católica

DESDE hace treinta y dos años (el 30 de Noviembre de 1885, fué inaugurado oficialmente este monumento) la gran reina, en compañía del Cardenal Mendoza y de Gonzalo de Córdoba, enarbolando la cruz de Covadonga, parece que regresa del Hipódromo de presenciar una animada carrera de caballos.

Madrid, por medio de sus representantes, ha revelado casi siempre un buen humor adorable en la colocación de las estatuas. Quevedo, desde la eminencia de su fama y del jardincillo de la plaza de Santa Bárbara, ve todos los días subir y bajar atestados de gente los tranvías. El general Espartero, hecho un héroe en la calle de Alcalá, quiere avanzar hacia el centro de Madrid de vuelta de los toros. Goya, en el cruce de dos hermosas calles del barrio de Salamanca, sombrero en mano y pensativo, parece decir socarronamente:—¡Qué barbaridad. ¡Cómo progresa este Madrid!...—Cervantes, á la puerta del Congreso, aguarda que los chicos de la Prensa le traigan noticias del debate político de moda. El teniente Ruiz sale disparado del Circo de Parish, donde el león español tal vez hace funambulerías en un alambre. Castelar, entre hoteles suntuosos y andenes de acacias alejados, agita el brazo en actitud de divo descompuesto. A la entrada de la Moncloa los señores Daóz y Velarde, vestidos absurdamente, forcejean por meterse en *Parisiense*. Y en el mismo paseo de la Castellana—como un buen burgués que vuelve de tomarse el chocolate ó el refresco—precede á Isabel la Católica, el primer marqués del Duero...

ooo

Claro está que las estatuas sirven para muchas cosas. Honran y enaltecen á personajes famosos. Acreditan y desacreditan á escultores nacionales. Someten á noble emulación á los

Municipios y á las Corporaciones para que demuestren el buen sentido que requieren ciertos cargos. Y sobre todo—que es lo que muchas veces se trata de demostrar—las estatuas adornan los paseos públicos.

Dato de escasa consideración es, por consiguiente, el hecho de que la reina Isabel simule retornar de un campo de fiestas hípicas. Adonde quiera que dirija su mirada de bronce, lanzará un resplandor de gloria. Y otro tanto puede asegurarse de sus ilustres compañeros, colocados en un pedestal de mármol, á cuatro metros de altura sobre el nivel medio de la indiferencia humana...

No cabe duda de que la erección de monumentos, como el aludido, estimula y mantiene el amor patrio, acostumbrando al transeunte á que recuerde alguna vez la Historia de España que leyó en el Instituto. Y para que la lección sea provechosa, nunca falta una inscripción que evita las confusiones.

Isabel la Católica, el Cardenal Mendoza y el Gran Capitán, grupo—no debe callarse—del escultor D. Manuel Orms, adorna gallardamente el paseo de la Castellana, el más hermoso de Madrid, desde que la Revolución del 68, llamada, según es notorio, la *Gloriosa*, dió á la Villa y Corte carácter, anchura y aseo de población europea.

Por emocionadas referencias de nuestros padres, amamos este paseo, que nos recuerda una época de conspiraciones políticas, de desafíos, de saraos y de novelas de á cuartillo de real la entrega. ¡La Fuente Castellana! ¡El Obelisco! ¡La puerta de Recoletos! Ya no existen... El primitivo barranco, las extensas tierras de pan llevar, las arcas de agua han desaparecido. Si la emoción no nos lo impidiera, buscaríamos unos cuantos datos de madrileñistas y costumbristas

para que el lector se holgara un poco. En cuanto á la lectora, por mujer, y como mujer adorable, le importa menos el pasado. Que el presente sea grato y que lo porvenir, ilusión y amenaza á un tiempo, llegue á su hora... ¿Por qué, pues, enojarla con erudiciones fáciles?...

Ello es que el paseo de la Castellana sigue siendo punto de cita de lo más elegante y prestigioso, y que, al atardecer, según sabemos, el desfile de vehículos y de peatones esparce por la coronada villa una ola de hermosura, de animación, de mundanidad, de toaletas, de aristocracia.

La burguesía va y viene por los andenes laterales, bajo las acacias, los plátanos, las sóforas, los castaños, sintiendo, con la alegría de vivir, la tristeza de ser pobre.

Las tufaradas de los autos son demasiado insolentes. El barrio, además, limpio, señorial, acoge como con desdén á los heroicos luchadores de americana, á las impenitentes divagadoras de sombrero hecho en casa. ¿Qué queréis? La vida es así y el paseo de la Castellana también...

Quando le recorremos con unos amigos, ávidos de ver caras bonitas y vestidos ideales, nuestra juventud bendice este paraje magnífico, por donde se pasea un eco de Europa. Pero algunas veces tornamos de allá con la novia, que quiso ver á la marquesita célebre ó á la cocota enojada. Y estúpidamente, santamente, nos entristecemos oyendo á esta pobre muchacha, enamorada de nuestra pobreza. Apretándonos la mano y con indescriptible afán, síntesis de su madrileñería ambiciosa é ingenua, murmuró: ¡Oye, á ver si alguna vez nos casamos, y somos ricos, y compramos un hotel aquí mismo, cerca de doña Isabel la Católica!...

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJO DE FELEZ



MONUMENTOS ESPAÑOLES
 IGLESIA Y CONVENTO DE SAN FRANCISCO, EN ORENSE



Ruinas del claustro del convento de San Francisco, en Orense

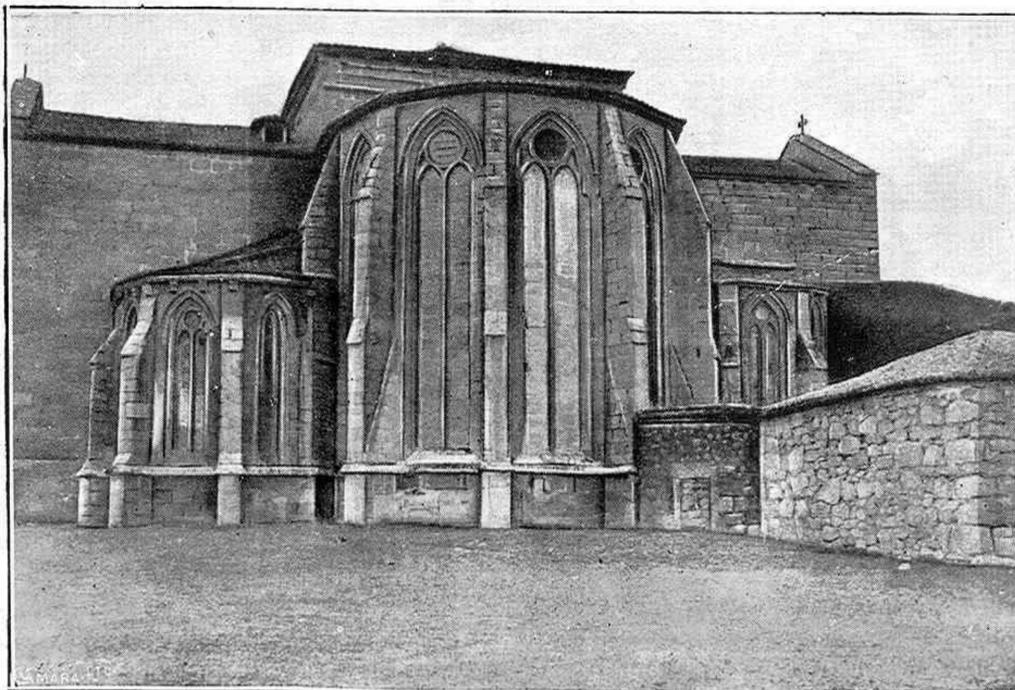
La riqueza histórica, arquitectónica y artística, es, por nuestra desgracia y para nuestro bochorno, desconocida de la mayor parte de los españoles. Fuera de aquellos monumentos de renombre universal, como la Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba, el Alcázar de Sevilla, la histórica de Toledo y algún otro, los demás monumentos españoles, que son tantos y tales, por su mucha belleza y la extraordinaria variedad de estilos, sólo llegaron a noticia de los que a esta clase de estudios se dedican, y de algún que otro extranjero que vino a visitarlos, a pesar del escaso impulso y exígua propaganda de turismo que aquí se hace.

Dijimos antes que tratábamos de hacer unas pequeñas crónicas, pero en realidad sólo trazaremos unas líneas que sirvan de pretexto y sucinta explicación, á la información gráfica que de cada uno de esos monumentos hemos de publicar: que sería en el modesto reporter que esto escribe, vana pretensión é inútil esfuerzo, intentar hacer algo más que esa sencilla explicación de las fotografías. Próximos están á ver la luz pública los interesantísimos volúmenes de los Catálogos monumentales y artísticos de

todas las provincias, hechos por prestigiosas firmas, y en ellos encontrará el lector lo que yo, por mi ignorancia, no puedo ofrecerle ahora.

Sobre la cúspide de una montaña, ó mejor dicho, constituyendo la cúspide misma del monte en cuyas faldas se recuesta lánguidamente la ciudad de Orense, se alza un edificio, que fué antaño lugar de retiro para unos cuantos frailes de la Orden Franciscana.

Corría el año de 1350. Las luchas medioevales entre la iglesia y la ciudad, representadas respectivamente por el obispo y el Concejo, se hallaban en toda la plenitud de su encarnizamiento. El obispo Yáñez de Novoa, después que el rey Sabio había fallado la contienda á favor de la ciudad, dió en apretar sobre los bienes eclesiásticos, intentando apoderarse de los de la Orden de San Francisco, instalada en un pobre edificio de las afueras de la población, convento que fué asaltado é incendiado por los mesnaderos del cabildo, por haberse refugiado en él un labriego que acababa de dar muerte á un pariente del obispo. Yáñez de Novoa fué preso por el Adelantado de Galicia y obligado



Abside de la iglesia de San Francisco, en Orense

día á bajo precio, y se consagró por entero á la Paleografía.

¿Verdad que parece la quimera de un loco tal empresa en nuestra época y en nuestra patria? Y sin embargo, triunfó á costa de enormes sacrificios, de largos días de trabajo, de una inquebrantable confianza en sí mismo, con esa paciencia de hagiógrafo que parece tan opuesta á su aparente nerviosidad.

En el cargo de restaurador de la Biblioteca Nacional pone todo su entusiasmo de artista. Lucha con el tiempo y con la terrible aliada, la carcoma, de un modo incansable, que siempre le otorga á él la victoria definitiva. La exposición de la casa Vilches sirvió para revelarnos los secretos de estas restauraciones. Primero vimos la página roída, oscurecida, agujereada, con letras y aun palabras desaparecidas. Luego las distintas fases de la restauración, los rellenos de pasta de papel disuelto en ácido clorhídrico, las raspaduras, la patinación, las nuevas letras, que en nada se diferencian de las primitivas...

Finalmente, hay otro aspecto no menos expertísimo y no menos anacrónico que los anteriores en el arte de Gabriel Ochoa: los retratos en miniatura.

Sigue en ellos la tradición de los grandes maestros del siglo XVIII, principalmente. Sabido es que hacia 1750 se empezó á emplear por primera vez el marfil para las miniaturas que antes se hacían en cartón ó vitela. Todo el refinamiento de aquella época galante, señoril, exquisita, está aquí como en ninguna otra manifestación estética. Nada tan encantador como esas menudas obras de arte que, detrás de los cristales de las vitrinas, sonrien con la brillante y á la vez suave alegría de sus colores... Nada tan admirable, tan ajustado á los

maravillosos ejemplos de los maestros franceses é ingleses, como estas miniaturas de Gabriel Ochoa. Evocamos los nombres de Isabey, de Engleheart, de Plimer, de Smart, de Cosway, de Perronneau, de Fragonard y Guérin y, sobre todo, de Juan Bautista Jacobo Augustín, el más típico de los miniaturistas de la gran época.

Y así como la imprenta y el grabado en madera mataron la iluminación de manuscritos, primero el daguerreotipo y después la fotografía fueron terribles enemigos de los retratos en miniatura. Aun antes de esto, ya una dama de la corte de Luis XV decía: «*La vie est trop courte pour qu'on se fasse peindre*»...

¿Qué dirán entonces las damas de este siglo del cinematógrafo?

Algo que las honra á ellas mismas en su talento y en su buen gusto.

Acaso la nombradía de Gabriel Ochoa, la base más sólida de su reputación, sean precisamente las miniaturas sobre marfil. Maestro en el difícil género va poco á poco desfilando todas las figuras de nuestra aristocracia por esas obras menudas y exquisitas.

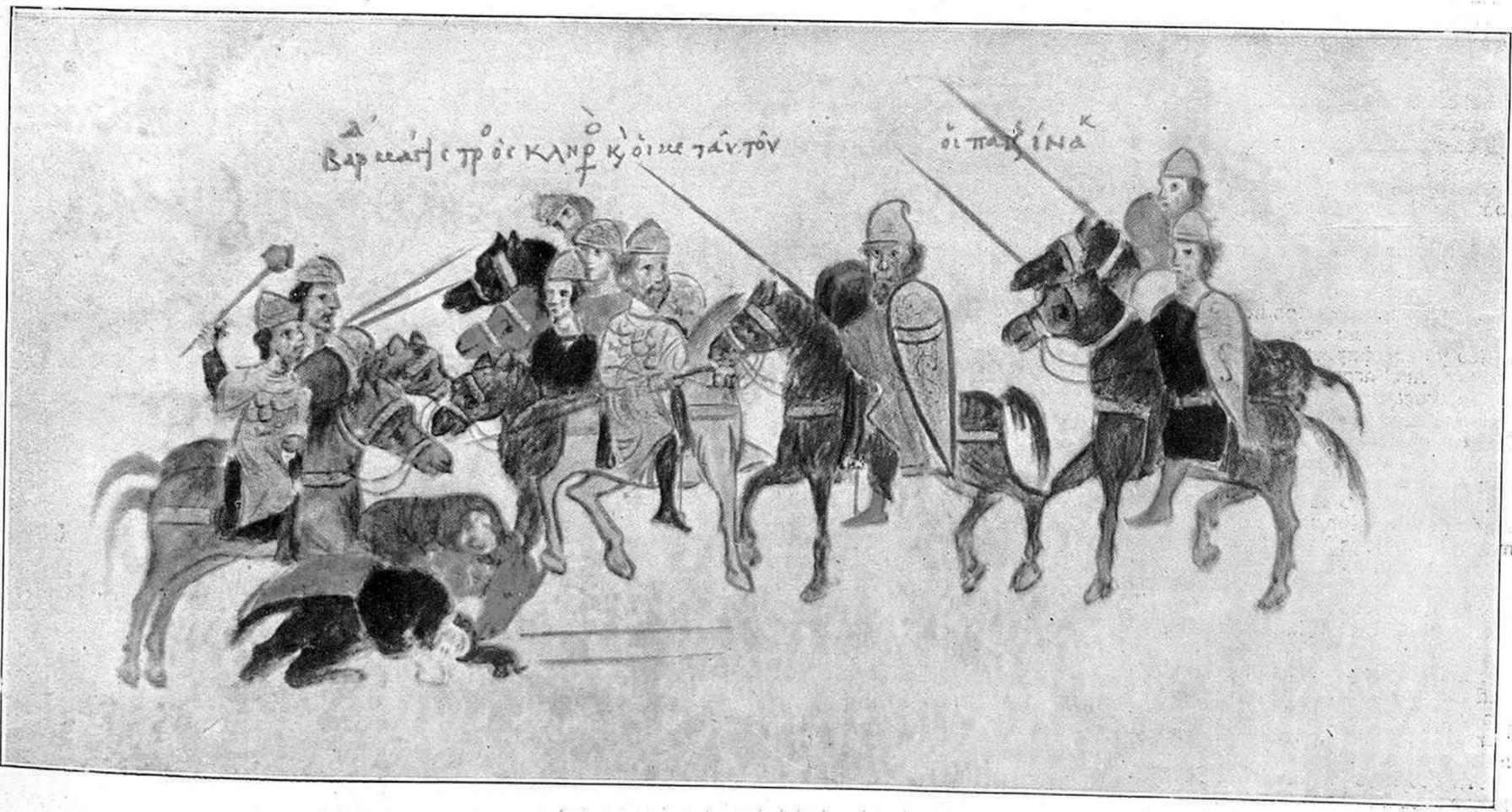
Pasado nuestro siglo, en los siglos futuros podrá estudiarse la belleza de nuestras damas contemporáneas en las miniaturas de Gabriel Ochoa, como en los retratos de Santa María, de José López Mezquita, de Anselmo Miguel Nieto.

Y tal vez sean aun más representativas y características las miniaturas que los lienzos.

Por lo menos realizan un bello anacronismo en nuestra época febril, agitada y prosaica, como lo es también la reencarnación en un admirable artista de hoy, de las almas de un monje hagiógrafo del siglo XIII y de un miniaturista galante del siglo XVIII.



SILVIO LAGO



PIEDRAS VIEJAS

HUBO en la Historia del Arte español, una larga época francamente bárbara, entre el Reinado de Carlos IV y el de Doña Isabel II. Las luchas políticas y las guerras al absorber todas las actividades del país, dieron poco espacio a la producción artística. Pero no sólo se dejó de crear, sino que se destruyó á troche y moche con feroz ignorancia. La mayor parte de las profanaciones de monumentos que hoy lamentamos, proceden de ese terrible período. En él desaparecieron dos torres de la Alhambra, estuvo á punto de volarse con pólvora la de Comares y se proyectó destruir el Palacio de Carlos V, esa obra magistral del Renacimiento español, para fabricar con sus materiales un gran telar.

Inicióse, una vez consolidada la Monarquía de Doña Isabel, cierto débil movimiento de resurgimiento. Entonces se continuaron obras suspendidas como las del Panteón de Infantes en el Escorial y se trató de conservar las antiguas abandonadas, entre ellas, la Alhambra. Mas como aquel impulso carecía de una base sólida cultural, se tradujo en lamentables abortos. El consabido panteón no pasará á la Historia como modelo de fúnebre solemnidad. Si acaso, brindará á los futuros ideas y motivos para la construcción de una hermosa casa de baños con piscinas de mármoles de Italia. En la Alhambra se hicieron diversos disparates; en Alcalá de Henares se restauró con pésimo gusto y total ausencia de conocimientos el célebre Salón de Concilios, amén de otros horrores.

Y es que las obras de arte á nosotros legadas por la historia corren tantos y serios peligros por su vejez caduca como por las restauraciones inhábiles que puedan falsearlas.

Nuestra historia está en nuestras piedras viejas. Mientras ellas hablen al alma hispana, existirá la raza y la Patria. En los monumentos hay que apreciar además de su intrínseco valor artístico y de su importancia como documento para el arqueólogo, una enorme fuerza evocativa y sentimental.

Los sillares modernos están mudos; las piedras antiguas tienen la elocuencia inefable de una sabiduría secular. Por ellas nos hablan los muertos á quienes debemos la vida y desde el fondo de los siglos un estremecimiento muy remoto llega hasta nuestros nervios diciéndonos que somos unos y los mismos en el pasado, en el presente y en el porvenir.

Gracias á esas ruinas nos reconocemos hermanos y á su misterioso requerimiento siente el alma una comunidad con las angustias y glorias prereritas y el fardo abrumante de una responsabilidad que nos une á los españoles por nacer.

Tiene lo viejo un prestigio de respeto que falta á todo lo reciente. Los edificios nuevos son sólo cal y ladrillo



El patio del Harem, de la Alhambra

Los centenarios han adquirido ya la gracia y el espíritu de seres animados. Huyen sus líneas de la recta que es propia del reino mineral para buscar gentiles sinuosidades; guardan sus muros huellas de muchos soles y de lluvias plurales; sus tonos han palidecido, se han tornado menos

plicaré. El volver á poner una ruina en el estado que tenía antes de que el transcurso del tiempo la convirtiera en el actual, es simplemente *hacer nuevo* lo destruído, bien imitando lo que existió (rara vez exactamente conocido), ya fundándolo sobre deducciones é hipótesis más ó menos aventuradas.

En todo caso es realizar con medios actuales, diversos en general de los empleados primitivamente y con espíritu que de ninguna manera es capaz de suplantar al de la época, una obra cuyo ideal sería parecer lo que no es; por tanto, superchería.

En muy pocas ocasiones puede el arquitecto conseguir á la perfección el engaño de hacer pasar lo restaurado por auténtico.

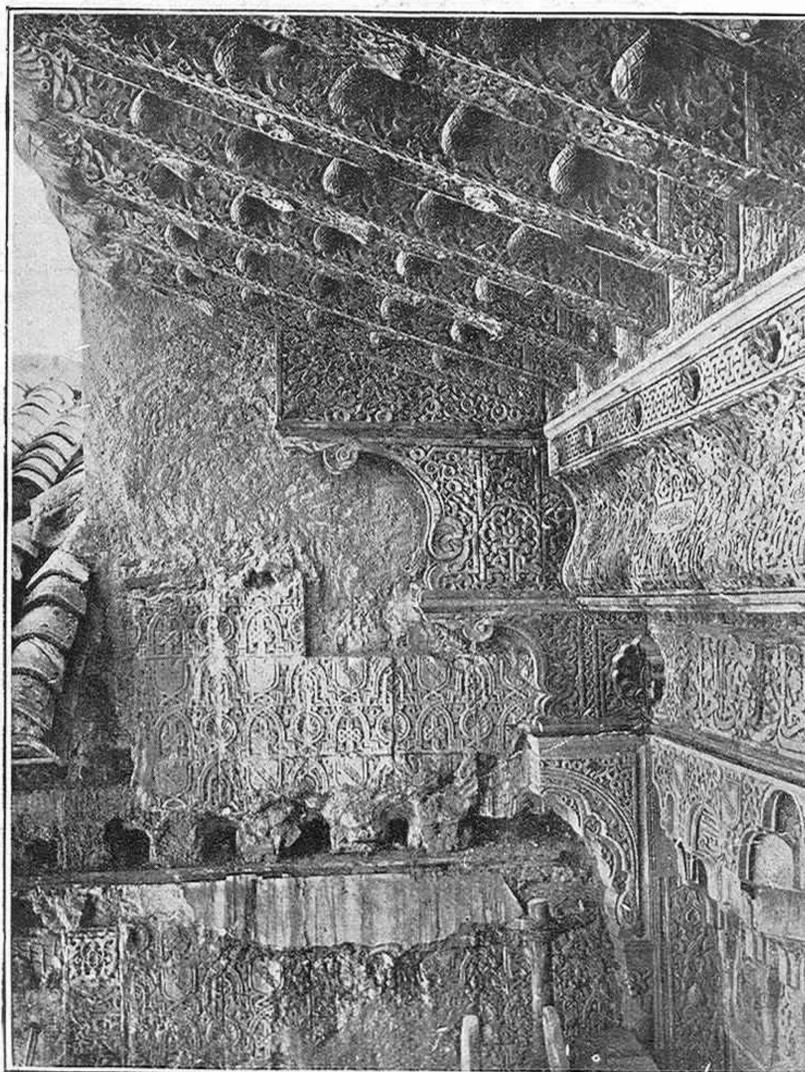
Necesita para ello á más de una cultura histórica y artística muy extensa, la disposición de materiales idóneos y de obreros hábiles ejercitados en la labor especial á que los dedican.

¿Dónde se encontrarían hoy mosaicos para la Alhambra, alambillas que igualaran á las empleadas en los palacios españoles del Renacimiento ó rejas semejantes á las granadinas de los siglos XVI y XVII? Aun suponiendo que se vencieran estos obstáculos, no es nunca hacedero sustituir el alma de un estilo hijo de circunstancias históricas, por una fría suposición basada en datos más ó menos vagos.

Mas aun aceptando la posibilidad de ese difícil acierto, faltaría siempre á lo moderno la autoridad de los muchos años, la pátina del tiempo, las trazas de la edad que infunden á los monumentos un alma casi humana.

Un amigo mío, arqueólogo ilustre, me expresaba su desencanto ante Nuestra Señora de París, tan cuidadosamente restaurada que él no pudo distinguir lo prístino de lo rehecho, sin que la visita, por tanto, de la cual esperaba datos para un estudio de las catedrales gólicas, le aportase luz ninguna.

En nuestra Alhambra deploran todos los escritores determinadas restauraciones realizadas en diversas



Detalle del patio del Mexuar, en la Alhambra

definidos y bruscos para fundirse en armonías de color, gratas á la vista; de sus balcones y de sus puertas, al gusto de otros tiempos, se desprende una sonrisa de tolerancia.

España es muy rica todavía, á pesar de todo, en piedras tradicionales, que se han salvado de la incuria y del olvido, pero que pueden caer á manos de un celo inducto.

Este grave mal que las amenaza son las restauraciones, disparatada manía hoy de moda en España.

Restaurar es reparar, renovar ó volver á poner una cosa en aquel estado ó estimación que tenía, recuperar, recobrar.

Es decir, todo lo contrario que ha de hacerse hoy con un monumento histórico. Estos deben conservarse, no restaurarse. Me ex-



Patio de la Catedral de Hildesheim con el célebre rosal llamado de los mil años

ocasiones con mejor intención que éxito. Tales las hechas en el cuarto de los Baños y en la torre de Comarech, por nombrar alguna.

El Alcázar de Sevilla es una verdadera lástima. Nadie puede presumir lo que fué á través de sus pinturas y revocos extemporáneos. De la Mezquita de Córdoba, más vale no hablar. El furor restaurador es tan grande que se ha encargado á Venecia!, según me dijeron, los mosaicos para una de las puertas. Y en Alcalá de Henares, donde se restaura la Iglesia Magistral, he visto que dos tableros de mármol esculpido pertenecientes al sepulcro del canónigo Morales han sido, sin duda, como símbolo de los trabajos, puestos del revés, de modo que las tacitas y guirnaldas platerescas penden boca abajo.

Si este vendaval sigue soplando no quedarán en España, libres de máscara y afeites más que aquellos castillos roqueros, por su suerte lejanos á los poblados, cuyo patronato natural está formado por yedras y lagartos.

Se me objetará quizás que si no se restaura vendrán á tierra los edificios. Yo entiendo que es lícito sanear y apuntalar un monumento, y juzgo que á veces es preciso ir más lejos: limpiarlo de pegotes añadidos por la incultura ó re-

construir parte de él; pero creo que en estas circunstancias ha de procederse de suerte que lo repuesto sirva sólo para hacer valer lo auténtico, sin aspirar á confundirse con ello.

Este es el criterio mantenido en Egipto por los ingleses al levantar sus ruinas. Una pequeña diferencia de nivel acusa lo hecho hogaño; de manera que el estudioso no pierda nunca el hilo de la veracidad. Sabido es que los romanos no han intentado reconstruir el Foro ni los Palacios del Palatino ni ninguna de sus ruinas; que Pompeya continúa destrazada, cual la dejó la erupción volcánica. En el Castillo de Heidelberg los alemanes han procurado á toda costa guardar su aspecto romántico. Una de las torres aparece todavía hendida, tal cual la dejó la explosión producida por las tropas francesas en 1688.

Las hiedras y los rosales se encaraman por los muros, la yerba crece en los rincones...

En España, por el contrario, preside á toda restauración un pelado de vegetales previo á semejanza de lo que hacen los médicos con las heridas de la cabeza. Se aspira á que los monumentos se levanten á cartabón sobre superficies planas como muestras de arquitectura.

En esa pobre Córdoba da grima ver á las pal-

meras y naranjos de su catedral rapados, cual hospicianos, y al viejo puente de San Rafael pintado flamante... En Granada cayeron á tierra árboles y enredaderas con saña de ciclón; sus jardines de abolengo, junto al Genil, perdieron los bojes, los senderos, el dibujo morisco para transformarse en ridículo *parterre* inglés.

Es ya tiempo de dar un grito de alarma y de pedir un poco de respeto para el arte histórico.

Rodin, en su libro *Las catedrales de Francia*, suplica á los gobiernos de la República que no restauren las joyas de antaño.

Yo me amparo en esta autoridad para dirigirme á los Poderes públicos españoles con igual demanda.

El autor de *Los Miserables* escribió esta estrofa que sería conveniente enviar á todos los arquitectos españoles:

Voulez-vous qu'une tour voulez-vous qu'une église
Soient de ce monument dont l'oeil idéalise
La forme et la hauteur?
Attendez que de mousse elles soient revêtues
El laissez travailler á toutes les statues
Le temps, ce grand sculpeur!

MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTÍN

MADRID

LA GUERRA EN EL ADRIATICO
VENECIA PINTORESCA

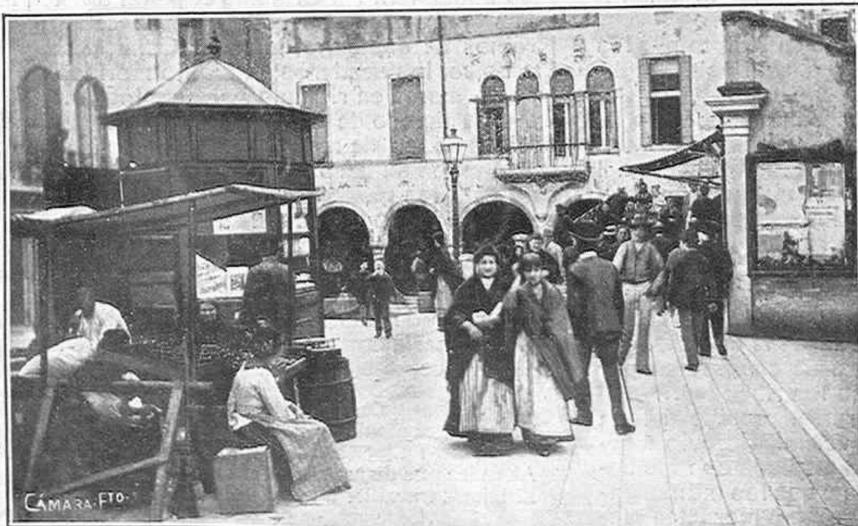


Pozo artístico en una casa de vecindad de Venecia

En pocos días, apenas rotas las hostilidades entre Italia y Austria, ha sido bombardeada Venecia dos veces... Hasta ahora los daños sólo han alcanzado al Arsenal y á las defensas militares, pero espanta la idea de que las admirables obras de arte que encierran los palacios, iglesias y museos sean destruidas. Y el

caso es que Venecia no teme la guerra. En la guerra se forjó su grandeza de antaño y su belleza de hoy. Pocas ciudades en el mundo, ninguna acaso como Venecia, supo ser á un mismo tiempo cuartel y academia, arsenal y ateneo, armería y areopago político. Pocas ciudades han luchado tanto como ella y han conocido la

embriaguez de las victorias y las amarguras de las derrotas inesperadas. Y en medio de las campañas interminables que duraban años y años, Venecia, mercader, se enriquecía, y Venecia, artista, levantaba palacios admirables y templos soberbios y llamaba para adornarlos á los más famosos artistas del mundo.



Puente de los Santos Apóstoles



Calle de San Leonardo